

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



Banesco
RIF: J-07013380-5

ESCRIBE LUÍS POUSA SOBRE JULIO CAMBA:
Luca de Tena —de gusto exquisito— se fijó en sus crónicas y en 1913 lo fichó como periodista estrella del diario madrileño ABC,

donde debutó con su célebre columna *Mi nombre es Camba*. El editor lo contrató para dejar que Camba hiciese lo que le diese la gana, sin prestar atención a la noticia efímera, a la inmediatez.

FUNDADO EN 1943

Papel Literario

82AÑOS

DOMINGO 7 DE SEPTIEMBRE DE 2025

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luís Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/•https://www.elnacional.com/papel-literario/•Twitter @papelliterario

GANADORA >> CONCURSO DE CUENTOS DE EL NACIONAL 2025

Entrevista a Federica Consalvi

Federica Consalvi (1988) nació en Mérida, Venezuela. Es licenciada en Idiomas Modernos por la Universidad de Los Andes. Además de escritora, es profesora de yoga. Entre 2017 y 2019 cursó un máster de Narrativa en la Escuela de Escritores. Sus relatos han aparecido en publicaciones de Venezuela, España y Alemania

NELSON RIVERA

Hizo usted estudios de Idiomas Modernos en la Universidad de los Andes, Venezuela. ¿Le interesan las lenguas? ¿O fue más bien un modo de aproximarse a la literatura?

Sí a todo. Me interesan las lenguas, me interesa cómo se afectan de acuerdo a las diferentes culturas y cómo son reflejo de su tiempo, me interesa verlas deformarse y adaptarse, me fascina saber cómo funciona un idioma aunque no lo hable. Pero es verdad que no empecé a estudiar idiomas por eso, de hecho esa fascinación llegó después. En cambio, elegí Idiomas porque siempre fui más de humanidades, y a los dieciocho años uno no tiene mucha idea de lo que quiere hacer con su vida, solo sabía que me gustaba leer, escribir y cocinar.

Empecé estudiando cocina, pero cuento corto: a mis papás les parecía importante que tuviera un título universitario y les hice caso. ¡Menos mal! Porque aunque amo la cocina todavía, la experiencia en la ULA me abrió el mundo. Me dio métodos, me dio estructura y me presentó universos que de otra forma no hubiera conocido. Esa carrera que no he ejercido nunca, y que elegí porque me parecía cercana a la literatura sin limitarme demasiado, sí que me dio pistas para entender qué era lo que me gustaba de la lengua: la palabra escrita.

Entre 2017 y 2019 hizo usted un máster en Narrativa, en la Escuela de Escritores de Madrid. ¿Qué representó esa experiencia? ¿Qué cambió un su visión del hecho literario? ¿A qué autores leyó durante ese tiempo?

Esa experiencia fue todo un evento vital. Representó dejar un trabajo y una visión de cómo se suponía que sería el futuro, fue alejarme de la familia, emigrar. El máster me exigió mucho, no puedo decir que no me adapté a Madrid, me encantó Madrid desde el momento uno, pero la sepa-



FEDERICA CONSALVI / ©JOSÉ LUIS SÁENZ DE HEREDIA

ración de Venezuela, todo lo que estaba pasando en esa época me abrumó. Me costó mucho encontrar una voz con la que me sintiera cómoda narrando. Quería escribir, pero hay cosas que no se pueden contar sino desde la distancia y yo en ese momento tenía todo efervescente.

Me enseñó que las historias que mueven no son las que se escriben perfectamente, sino las que encuentran una forma apropiada —a veces imperfecta— de ser contadas. Eso lo aprendí porque aunque yo me esforzaba en tener el inicio, el nudo y el desenlace como decía la guía, a mí no me terminaba de cuajar. La única forma de poder jugar con la escritura es aprender cómo se hace correctamente y desde ahí darse permiso de cometer errores.

En el máster leí mucho, me enseñaron a leer no solo por la mera satisfacción, sino para reconocer también al escritor en el texto, sus intenciones y sus trucos. Para mí fue un descubrimiento leer la poesía de Chantal Maillard, los relatos de Leonora Carrington, Bellatín, Leila Guerriero, Toni Morrison, Marta Sanz, Juan Gómez Bárcena, Ángel Zapata, Sa-

bina Urraca, Rita Indiana. Y por supuesto que visitamos a Kafka, a Bolaño, a Cortázar, a Woolf. Creo que en esos años pasamos los 100 autores.

De esos dos años aprecio mucho que me quedé con un buen grupo de amigos y conocidos con los mismos intereses que yo en esta ciudad. Además de que ahora puedo presumir de haber estudiado con nuevos autores que están despegando sus carreras literarias, como es Sara Jaramillo de Colombia —que si no la han leído, no sé qué esperan.

¿Puede contarnos de sus vínculos con la literatura venezolana: obras o autores que sean de su interés?

Mi mamá fue profesora de literatura de bachillerato, así que en casa tuvimos muy presente los clásicos locales. De ellos, *Mi padre, el inmigrante* de Gerbasi es el que siempre logra emocionarme. Creo que es en la poesía venezolana donde me he encontrado mejor. Leo y releo con fervor a Eugenio Montejo, a Cadenas, a Hanni Ossott, a Ramón Palomares, a Miyó Vestrini.

También soy admiradora de los cuentos de José Rafael Pocatterra, de

Pedro Emilio Coll, de Massiani. Sí, yo bebo mucho de la poesía y del cuento venezolano. Los revisito siempre.

Tiene usted un libro inédito, “Mientras la oscuridad dure”, hecho de textos híbridos, breves, donde los perfiles de los géneros tienden a disolverse. ¿Tiene usted un particular interés por esa escritura que no se ata a ningún género?

No es algo que me propuse. Lo de nadar entre los géneros y romperlos un poco viene más por querer experimentar y querer sentirme cómoda al contar. Narrar al margen de los géneros me da cierta libertad, creo yo. Puede que sea porque en los últimos años he leído varias obras de ese tipo y me influye, o quizá es que todavía no tengo la valentía para ser poeta —jaja— y prefiero pasar solo de visita. La verdad, no es lo único que me gusta hacer, además tengo un libro de relatos más formales que además están ilustrados por José, mi pareja. Esos están en lo real maravilloso. También esperando por el real y maravilloso gesto de ser publicados.

Además de escritora, es usted profesora de yoga. ¿Esa disciplina se proyecta de algún modo en su escritura?

Ser profesora de yoga me ayuda a escribir, pero no se proyecta en lo que escribo. Me ayuda porque es un trabajo que me permite organizar mis horarios para tener tiempo de escribir como me gusta. Quizá un día estoy llena de clases, pero otro día lo libero por completo y así me sobran las horas para imaginar, aburrirme y escribir. También es un trabajo que no me agota la cabeza, al contrario, la calma, entonces puedo descansar leyendo, que en verdad es lo que más me gusta en el mundo y lo que más me ayuda a escribir.

¿Podría hablarnos de “Sangre”, el ganador del Concurso de Cuentos de El Nacional? ¿Hablarnos del origen del cuento, del proceso de escritura? ¿Es un cuento reciente o tiene ya algún tiempo?

“Sangre” es un cuento que escribí este año. Lo comencé porque me he puesto un poco más estricta con mis horarios de escritura. Tengo el proyecto de un libro de cuentos un poco más largos, creo que ya he contado que me recreo en textos cortos e intensos, y me he puesto de meta terminarlo este año. De dónde viene, no estoy tan segura; como toda historia comienza de un hecho anclado en la realidad —por ejemplo, me afecta haber descubierto que tengo varices internas—, pero que después de ponerlo por escrito la historia coge su propio hilo. Creo que ni sabía leer y ya me encantaban las historias de espantos y magia, me fascina todo lo que no tiene explicación, lo que es un salto de fe respecto a esta realidad tangible. Me críe en un lugar en el que si las capillas de las carreteras no se mantienen con velas, los espíritus aparecen y una rama de madera puede convertirse en un arma de fuego si algo la hechiza —o eso me contaban de pequeña. Ahora que no estoy ahí, me cuesta concebir el mundo sin esas cosas que no se pueden explicar, y me rehúso a no tener misterios merodeando. Por eso insisto en escribirlos.

Usted es sobrina de Simón Alberto Consalvi, que fue editor adjunto de El Nacional, hasta su fallecimiento en 2013. ¿Podría compartir algunos recuerdos de su tío? ¿Tuvo la oportunidad de conversar con él?

Mi tío Simón Alberto es un obelisco en la familia. Es el hermano mayor de mi papá —mucho mayor, me dirá él que aclare. El primer recuerdo que tengo relacionado con Simón es el de Tora, la perra que tenían en Washington —a los 4 años los animales importan más que los embajadores. Pero hablando en serio, hay dos cosas que tengo asociadas a él que no se borran: el habano y esa risa corta con la que a veces complementaba un comentario lúcido.

Una vez en la sala de su casa me presentó como su sobrina “la poeta” a Sofía Ímber y yo me morí de pena y al mismo tiempo me dio tanto orgullo que todavía lo recuerdo vívidamente. Él fue el que me mandó a leer a Montejo. Y por él tengo un ejemplar de *Cien años de soledad* editado por Monte Ávila. La última vez que le vi fue unas semanas antes de su fallecimiento, fuimos a comer italiano en El Hatillo, tengo una foto preciosa de mi papá y él ese día. Lo quiero muchísimo —siempre en presente. ☹

GANADORA >> CONCURSO DE CUENTOS DE EL NACIONAL 2025

Sangre

Con el seudónimo de Sabina Bottaro, la escritora Federica Consalvi resultó ganadora del Concurso de Cuentos de El Nacional correspondiente a 2025, con su cuento "Sangre". El jurado estuvo conformado por Cecilia Rodríguez Lehman, Carlos Sandoval y Juan Pablo Gómez Cova

FEDERICA CONSALVI

A las siete sonó el timbre, aún no se acostumbraban a ese ruido seco, como el cornezazo antes de un accidente, aunque tenían años viviendo ahí. Lo del timbre era un pedido: habían llegado las medias de compresión para evitar el trombo. Desde que le empezaron a salir varices, Sabina no podía dejar de pensar en aquel episodio que sufrió su mamá y que le dejó desventajado el lado izquierdo de su cuerpo. Ahora ella debía tomar anticoagulantes y ponerse unas fajas para las piernas que le ahorcan hasta el muslo.

Nunca ha podido esperar para estrenarse las cosas, incluso con las medicinas, se las toma tan pronto se las venden en la farmacia, sin agua. Lo mismo le pasó con las medias, apenas las abrió decidió ponérselas. Sabina es una chica de aspecto saludable. Ni delgada ni grande. Ni bajita, no pasa del metro sesenta y cinco, un dato que ella misma no precisa cuando le preguntan. Pelo marrón, pómulos anchos. Talla M, como las medias. Empezó a ponérselas desde el tobillo y la piel se iba apretujando a medida que la tela la envolvía, como un pellizco sin llegar a arder. Su primera impresión no fue tan mala, de hecho hasta pensó que la hacían ver más delgada, y bueno, algo positivo tiene todo esto.

—Mira, que me las tornean. Le dijo a su novio, Nando, y este le siguió el juego recorriéndolas con sus manos, como si las modelara.

Sabina se fue al sofá, puso las piernas en alto y escogió un libro. Estaba en una época en la que solo quería leer autores venezolanos, tenía una antología de Hanni Ossott que le gustaba repasar de vez en cuando, sobre todo cuando se sentía al borde de una enfermedad fatal. Tampoco había mucho que hacer los jueves por la tarde cuando anochecía temprano. La lectura estuvo un poco interrumpida, porque había pasado todo el día sin hablar con su mamá, que vivía en otro huso horario y a esa hora ya estaba preocupada con la falta de respuesta de Sabina. Así que le dedicó un momento a ponerse al día. Desde que se mudó de país no ha habido un día sin que chateen. Su madre tenía la capacidad de imaginar los peores escenarios cuando no le contestaba rápido.

Entre la conversación y el libro estaba distraída, sin atender a ninguna de las dos cosas. Fue cuando algo pasó en la terraza, sucedió en la periferia de su ojo derecho e hizo que volteara con rapidez toda su cabeza hacia ella. Era una sombra, escuálida, lenta, sin nada que la provocara. Pasó de largo con la misma velocidad en la que se suavizó el erizado de la piel de Sabina. El corazón le dio una voltereta en el centro de su pecho, pero se quiso tranquilizar. Un pájaro, dijo. Aunque ya era tarde para eso, la naturaleza tiene excepciones. Eso debió ser, se convenció. Al ver la sombra, Sabina recordó aquella época en la que tenía tanto miedo a levantarse por las noches que su abuela le consiguió una bacinilla para que la usara cuando quería hacer pipí en la madrugada. Decía que había sombras que se escurrían por las paredes y la acompañaban al ba-

ño, Sabina era pequeña y no les tenía confianza. Aunque el resto de la casa le quitó importancia al tema, su abuela se ocupó de encontrarle una bacinilla para la hora de dormir. Esa noche le contó la anécdota a Nando, confesándole con cierta vergüenza que la usó hasta los trece años, más o menos, la época en que su abuela falleció y cuando a ella se le pasó la tontería de mear a los pies de la cama. Recordó que muchas veces tuvo accidentes en la mañana tropezándose con el tazón lleno de pis y, por supuesto, por mucho que limpiaran su cuarto tenía un deje a orines secos. Sabina recuerda que hubo un momento en que lo quiso dejar de usar, pero su abuela lo llevaba cada noche como un ritual y ella accedía a no crecer cada vez que lo usaba.

Cuando llegó la hora de dormir, Nando tuvo que ayudarle a sacarse las medias, parecía que se hubieran reducido un par de tallas en el lapso que las usó. Finalmente, después de forcejear un rato en la cama y de casi caerse de culo mientras tiraba de las medias, logró liberarse y se sintió muy ligera. Como si pudiera salir levitando por la ventana.

Esa madrugada se despertó al baño, estaba tan frío el suelo que no llegaba a apoyar la planta, solo talones y la base del dedo gordo. Fue, se sentó en la poceta y evitó mirarse al espejo cuando pasó frente a él. En

las noches le daba miedo ver el reflejo. Desde la época que veía sombras ha sentido que los espejos en la penumbra muestran cosas que uno no puede ver a simple vista, que ni se quieren ver. Finalmente, volvió a la cama y se tapó hasta el cuello como una oruga preparada para mutar.

Al día siguiente salió a su trabajo como siempre, un poco apurada porque los últimos cinco minutos antes de partir siempre corren más rápido. Se montó en el metro, decidió no cruzar las piernas porque le resultaba incómoda la presión sobre la pierna izquierda, la que tenía el diagnóstico más grave y con frecuencia sentía pesada. El resto del día se le hizo manejable, aunque ansiaba volver a casa, a la sensación de las medias, había algo en esa contención incómoda, pero necesaria, que extrañaba.

Al volver ya estaba Nando haciendo papas fritas para la cena con alguna cosa verde que en el momento no reconoció; pasó rápido al cuarto, a cambiarse los pantalones, a contenerse las varices, a poner la pierna en alto en el salón. A media luz, entre la tarde y la noche, volvió a pasar la sombra por la terraza, esta vez un poco más lenta. Lo suficiente para que Sabina se diera cuenta de que no había nada sólido capaz de hacerla visible.

—¡Nando! —llamó, sin querer sonar alarmada.

Él tardó un poco en llegar desde la cocina, y para cuando lo hizo la sombra ya había desaparecido.

—Seguro fue una nube tapando la luna. O algún carro pasando lejos —dijo, sin mucha importancia. Él siempre sabía darle explicaciones más lógicas a las cosas que sucedían en la casa, y la verdad que casi siempre tenía razón, así lograba calmar a Sabina, que cada vez que olía a lavanda pensaba que su abuela muerta los visitaba y no en alguien con exceso de perfume subiendo por la escalera del edificio. En lo único que se había equivocado últimamente era en decirle que el aguijón que sentía detrás de su pierna seguro era un mal movimiento durante su clase de yoga, porque últimamente estaba dando demasiadas, y no un coágulo atravesado como días más tarde descubrirían.

Esa noche Sabina se levantó como

a las dos de la mañana porque sintió un ruido en la sala. Se alumbró el camino con la linternita del celular para no molestar a Nando que seguía dormido. Pero en la sala se encontró con todo igual a como lo habían dejado antes de irse a dormir. Los vasos con agua hasta la mitad en la mesa del medio, los pequeños bombillos de navidad —que iluminan el borde del sofá todo el año— encendidos, las persianas elevadas y una llovizna muy tenue que hacía que las plantas de la terraza brillaran con las luces de la calle. Todo estaba en quietud, excepto su corazón que estaba palpitándole en los oídos.

Desde hace siete años, siempre que se levanta en las madrugadas piensa inmediatamente en su familia. Como si el insomnio fuera un mal presagio, un indicador de que algo grave podía estar pasando al otro lado del mundo y esa fuera su forma de enterarse. Por suerte esa noche tampoco había pasado nada, se dijo que debió ser algo de la calle, que ya pasó. Se regresó a la cama con Nando a medio dormir y él la abrazó por la espalda. Ese abrazo le ratificaba que valía la pena la distancia que la separaba de su familia.

En el desayuno pensó comentarle a Nando sobre la sombra que había seguido notando cada noche por la ventana, pero prefirió guardárselo. Ese tipo de fijaciones, que a veces le daban, la hacían sentir un poco loca. Sobre todo porque no había forma de demostrarlo. Al terminar, comenzó a apilar los platos uno sobre otro, el de las tostadas, el del queso, el del aguacate, y pensó cómo su mamá le regañaba cuando recogía la mesa de esa manera. Le parecía de mal gusto y que además hacía que los platos se ensuciaran el doble, por arriba y por debajo. Igual Sabina lo hacía porque así los recogía Nando y porque le ahorra algún viaje a la cocina. Esta mañana iba tarde al trabajo, salió corriendo y él le recordó que en la noche llegaría un poco más tarde porque tenía ensayo.

Desde que Nando estaba metido en la banda, los lunes siempre llegaba después del anochecer. Entonces Sabina tenía un par de horas para hacer cosas en solitario en la casa, o ver una serie para chicas de esas que a él no le gustan, o simplemente echarse en el sofá y no hacer na-

da, ni hablar. Esa tarde llegó de dar clases, se echó un baño, se puso las medias de compresión y vio que aún eran las seis. Pensó en llamar a su mamá, pero se contentó con escribirle un mensaje, ese no era un día para hablar, apenas era lunes.

Por la noche, ella y Nando cenaron sentados en el suelo, en la mesa bajita del salón mientras miraban una película. Y como casi siempre, cerca de la medianoche se fueron a dormir. Una vez más tardaron sus buenos cinco minutos en desenfundar a Sabina de las medias y se acostaron en la cama helada por el invierno. A veces, las sábanas estaban tan frías que cuando apagaban la luz y se metían en ellas se sentía como si cayeran al vacío desde un barco hacia el océano, muy Titanic, decía Sabina. Solo abrazándose un rato lograban entrar en calor. Ya con los ojos cerrados, Sabina empezó a sentir alguna cosa rara en la pierna, unos pellizquitos, como pequeñas corrientes; intentó pensar en otra cosa, muchas veces no distinguía entre la sugestión y la realidad, así que esa noche decidió creer que no pasaba nada en verdad, y deseó quedarse dormida profundamente, no pararse ni al baño, pensó en todas las cosas que se podían crear para no tener que hacerlo. Eso la distrajo, y por un rato se adormeció, nada muy profundo. A ratos, mientras pasaba la madrugada, pensaba en su madre y en cómo le había contado que sus facciones habían desaparecido aquel día que perdió el control sobre su lado izquierdo cuando se miró al espejo y no se reconoció. Sabina se tocó la pierna: ya no le picaba de calor, de hecho no la sentía. Ella tenía 37 años ahora, a su madre le había pasado a los 43, tenía pensado que aún le quedaba tiempo. Y entonces se quedó inmóvil, un poco porque no le respondía el cuerpo, otro poco porque la sensación del pis mojándole la nalga, el muslo, la espalda, le llenaba de placer.

Cuando la sombra entró a la habitación, a Sabina solo se le ocurrió pedirle que no despertara a Nando, mientras ella le tomaba de la mano con fuerza, estaba caliente, como su pierna y la sombra, que hablaba sin tono, le prometió no dejarla sola en el viaje de regreso. ☹



MERCEDES PARDO, SIN TÍTULO, 1961

PUBLICACIÓN >> SUBURBANO EDICIONES, MIAMI, 2025

El deseo es un piano invisible, el más reciente libro de Gisela Kozak

MIGUEL GOMES

Llevo suficientes años siguiendo la pista de la obra narrativa de Gisela Kozak como para comprender que su relevancia en el contexto venezolano aún no se ha reconocido en su justa medida. Colecciones de cuentos como *Pecados de la capital* (2005) o *En rojo* (2011) y novelas como *Latidos de Caracas* (2007) o *Todas las lunas* (2011) sostienen un apasionante diálogo con el imaginario nacional de lo que va del siglo XXI, deparándonos muy diversas reacciones afectivas a los avatares de una sociedad en constante crisis. Válgase de la representación cruda y honesta o de negaciones fabuladas de dicha representación, cuesta hallar un inventario de inquietudes más exhaustivo. Si, por una parte, en *Latidos de Caracas* o *En rojo* las descripciones de la hostilidad, el desamparo y la frustración que permean las experiencias comunitarias son inequívocas, por otra, argumentos como los que despliega *Pecados de la capital* apuestan por el ámbito privado. *Todas las lunas*, a su vez, transporta la privacidad a un plano sublime difícil de catalogar, con sus estilizadas aventuras semioníricas en las que el ludismo y una utopía de la sensibilidad se imponen, como si a los padecimientos del entorno casi apocalíptico venezolano se respondiera con el proyecto de recobrar una inocencia genesiaca.

Su nuevo conjunto de relatos, *El deseo es un piano invisible* (Miami: Suburbano Ediciones, 2025), elige un punto medio entre los extremos porque, si bien las huellas de lo nacional se divisan, no dominan el horizonte de la ficción. Por el contrario, si algo infunde consistencia al volumen eso sería, a la larga, la dilución de tales indicios testimoniales en un registro más próximo al intimismo o a un colectivismo signado por los aspectos inmateriales de la vida, no ajenos a una suerte de religiosidad laica. El resultado es un todo equilibrado, orgánico. No se trata de una compilación estilística y temáticamente heterogénea, sino que se ha concebido de manera unitaria, lo que algunos críticos denominan un “cuentario”, otros un “ciclo de cuentos” y otros más, en los últimos lustros, “relatos integrados”: eslabón estructural entre la miscelánea cuentística y la novela. Kozak no ignoraba esos procedimientos: en ellos la había iniciado *En rojo* —se titulaba *Narración coral*—, y *Pecados de la capital* ofrecía una ostensible homogeneidad compositiva. Que *El deseo es un piano invisible* logre congruencia combinando trece historias recientes con siete préstamos de su labor previa nos habla de una poética que se ha trazado un claro rumbo.

A primera vista, el efecto concordante se logra en esta ocasión con el perfil de los protagonistas, en su mayoría lesbianas o bisexuales. El impulso narrativo, no obstante, jamás se agota en un costumbrismo de cuño posmoderno —o, a estas alturas, pos-posmoderno—, que explote tipos sociales o situaciones típicas. La autora siempre ha sido una férrea contrincante de los simplismos a los que se prestan las prácticas literarias impregnadas de sociologemas cuyo propósito hoy suele ser complacer el mercado. No: este libro no intenta ilustrar discursos establecidos fuera de la literatura e importados a ella programáticamente. Como lo indica el título, el móvil es menos asible o definible que la reivindicación de una u otra posición en el áspero tablero de las relaciones sociales. ¿Qué es el deseo?, ¿cuáles son sus variedades?, ¿cómo nacen y adónde nos encaminan?: esas parecieran algunas de las preguntas que las peripecias y los dilemas de sus personajes nos invitan a hacernos. Como vemos, son interrogantes que abordan la condición humana, cualquiera que sea su circunstancia.

"Su nuevo conjunto de relatos, *El deseo es un piano invisible* (Miami: Suburbano Ediciones, 2025), elige un punto medio entre los extremos porque, si bien las huellas de lo nacional se divisan, no dominan el horizonte de la ficción. Por el contrario, si algo infunde consistencia al volumen eso sería, a la larga, la dilución de tales indicios testimoniales en un registro más próximo al intimismo o a un colectivismo signado por los aspectos inmateriales de la vida"



Dos momentos clave del volumen se producen cuando el deseo se trae explícitamente a colación. El primero se vislumbra en “Fuga”, anécdota de encuentros y desencuentros amorosos que mucho tiene de fantasmagoría, puesto que no sabemos si ha de asimilarse en calidad de narración directa de hechos o parábola de cómo opera la mente creadora:

“Las cinco letras del deseo, esa cicatriz luminosa, me llevan [...] a tu casa a medio construir; las cinco letras del deseo retan tu despecho. Escribo esta fuga en tu presencia y te la leo mientras nos tomamos una simple cerveza y tú ensayas *Diferencias sobre ‘Guárdame las vacas’*, de Luys de Narváez, esa pieza que tocas mientras se consumen solos los cigarrillos farsantes y mentolados que tanto te agradan. Y pienso mientras tecleo en la computadora que la palabra *amor* no te va sino la palabra *amante*, aunque ya no seamos solamente un par de bandidas enmascaradas y de paso sino un levisimo tatuaje entre la cabeza, el corazón y el vientre”.

Repárese en las múltiples capas de sentido que se desprenden de términos como *fuga*, alusivo a distanciamientos sentimentales, a viajes que la narradora pormenorizará y a la música; o la polisemia de un pronunciamiento como “Escribo esta fuga en tu presencia”, donde se insinúa, ante la fuerza avasalladora del ejercicio literario, la suspensión de los eventos, imaginarios dentro de la ficción misma. El deseo es a la vez carnal y un sendero a lo sagrado —“cicatriz luminosa”—, pero, fundamentalmente, tiene cinco letras y es palabra, herra-

miento y cristalización del oficio. Hemos de percibir, además, que ese oficio regresa a lo tangible, a la actividad física —“tecleo”— y a una trinidad donde intelecto, afecto y cuerpo —“la cabeza, el corazón y el vientre”— se armonizan. En resumen, el arte cataliza una desintegración y una reintegración del sujeto.

El otro pasaje decisivo lo hallaremos en “La realidad y el deseo”, sardónico relato de solapado dramatismo. La protagonista, también escritora, esboza la biografía de la mujer perfecta, “cuyo corazón estaba en el fuego”, que “siempre ejerció la libertad porque solo es libre quien renuncia a las ventajas que el mundo anhela”; aunque al final nos percatamos de que la figura ensoñada por la autora ficticia no es trasunto de su propia personalidad ni de su propia *persona*, en el sentido de cómo queremos que se nos juzgue, la máscara con la que nos gustaría que nos asociaran los demás:

“La joven aspirante a escritora, chinita, feita, obesa y negrita, como la describen sus primos, mira fijamente su vieja computadora sin conexión a internet y piensa que los anhelos y la verosimilitud no se llevan bien. Entonces borra la historia de sus deseos. Comienza a escribir verdadera literatura”.

Donde el deseo concluye comienza la creación genuina, que solo surge del choque entre la vida y lo que no encontramos en ella. Y obsérvese que la constatación se hace palmaria, justo cuando acabado el texto regresamos al silencio: allí se desarrolla otro enfrentamiento simultá-

neo, el del decir y lo no dicho, que nos ayuda a solucionar el acertijo. El cotejo nos muestra el territorio conflictivo por el cual nos desplazamos guiados por la ausencia. No en vano otro relato, “Capricho”, asegura que “el deseo se alimenta de la paradoja”. Kozak parece sugerir que no hay determinante más poderoso que el de los elementos abstractos, perdidos o inalcanzables de nuestra existencia. Advirtiendo el vacío al final de nuestra página vital —la nada que pacientemente a todos nos aguarda—, vivir, ser fiel a la vida, ha de tenerse como acto de fe, el más puro e inexplicable.

Hay mucha tela metafísica que cortar en estas ficciones, pero no conviene soslayar que tienen su costado ético o político. He mencionado, por ejemplo, que algunas se adentran en el terreno doloroso del derrumbe de un país. En esos casos, la realidad antagonista del deseo adquiere fisonomía social precisa: “Imposible hacer planes en un mundo patas arriba llamado Venezuela; se dicen adiós con un abrazo apretado [...]. El aire de abandono del Aeropuerto Simón Bolívar [...] subrayó la melancolía de la despedida”, leemos en “El silencio”, donde igualmente vemos que el destino de la amante que se queda en Caracas incluye protestas contra la dictadura y accidentados escapes de la violencia de la Guardia Nacional, con caídas en cloacas que dejan su abyecta estela: “La diarrea infecciosa que contrajo [se curó] con antibióticos conseguidos a duras penas”. Asimismo, en “Polifonía”, un *ménage à trois* de estudiantes de Letras chavistas sufre la presión social de sus correligionarios, los cuales no asimilan los ingredientes *queer* del acuerdo doméstico. En la “Conga del fuego ido”, la recreación de los instantes jubilosos

del pasado se remata con el anticlímaxico recuerdo de una amiga, partícipe de la dicha grupal, que muere —con todo lo que eso supone— “en un hospital público de la Venezuela del siglo XXI”. Y en “Obertura”, una relación entre mujeres de izquierda en los años ochenta se deteriora debido, en parte, a la evaluación del rechazo a la homosexualidad en los países socialistas; el pésimo desenlace se completa, transcurridas las décadas, con un irónico y acongojado brindis “por el país [actual] que se convirtió en el cadáver de tus sueños”.

El anclaje objetivo en los acontecimientos no impide que prevalezca otro tipo de exploraciones donde el descarnado realismo se recategoriza como instigador de urgencias espirituales. Y es que la ética práctica acaba, hasta cierto punto, generando la necesidad de una ontología que enlace con el análisis narrativo del deseo. Con sentido del humor, cuando una de las asistentes a la gran celebración descrita en “Para piano y orquesta” afirma que “entre lesbianas se aplica la máxima de que las mujeres son superiores a los hombres porque se enamoran de cosas que no se ven”, no se hace sino delimitar aquella meta trascendental que anuncia el título del volumen. Obviamente, una sexualidad liberada de trabas forma parte de la ruta como salvación —Eros (en mayúscula, nombre de un dios)—, pero aun esa emancipación obtenida frente a rígidas normas patriarcales exige satisfacciones menos efímeras. Si el amor circula por las tramas de *El deseo es un piano invisible*, más perseverante es el llamado del arte, y no solo el literario.

Sabemos que desde el siglo XIX, en medio del progresivo laicismo occidental, la música ha funcionado como uno de los sustitutos de religión más frecuentes. ¿Por qué en concreto esta manifestación artística y no otras? Acaso por aquello que Walter Pater resaltó en “The School of Giorgione” (1877), uno de sus más citados ensayos acerca del Renacimiento: “*All art constantly aspires towards the condition of music*”. Pater aludía a la imposibilidad de separar el “fondo” y la “forma”. Si Eros es la divinidad o el principio psíquico que incita las uniones, hemos de admitir que el hecho estético algo tiene de erotismo, lo que, de paso, nos permite entender mejor a qué se refería la narradora de “La realidad y el deseo” cuando proponía la inevitabilidad del acto de borrar para que se produzca la “verdadera literatura”. Borrarnos la diferencia y la distancia sobre las que se erigen los binarismos. No ha de extrañarnos, así, que la elocución de Kozak cultive los contrasentidos o las contradicciones, ya sea con antítesis u oxímoros, con disonancias o alteraciones discordantes y con la abrupta, casi expresionista, superposición de imágenes: “Tanta felicidad trajo un fallo anticonceptivo” (“Intermedio”); “la cólera la aliviaba”, “podía ser feliz con ferocidad y dulce con altas dosis de picante” (“Canto roto”); “la experiencia feliz y feroz de la calle y el sexo” (“Desafinado”); “aquel jaguar cubierto de barro, felicidad pura que sacó carcajadas y gritos a Emilia” (“Conga del fuego ido”); “félices y feroces, seis o siete amigos y amigas cantábamos” (“Obertura”).

A propósito, he seleccionado únicamente ejemplos que evocan la felicidad, motivo retornante que constituye la más recóndita fuente de cohesión del libro. El ansia inefable en la moral que aquí se predica con discreción queda sintetizada en uno de los últimos textos, procedente de *En rojo* y sucinto retrato de la cosmovisión de la autora: “La felicidad es una resplandeciente espada del tiempo”. Hay algo de éxtasis dionisiaco en una mirada como esta, aunque, si notamos las coincidencias con lo luminoso y apolíneo —elocuente es el título de la pieza: “El único esplendor”—, de nuevo se nos remite a una certidumbre: solo cuando no aceptemos con docilidad la polarización de nuestras alternativas existenciales, o solo cuando renunciemos a su organización jerárquica, percibiremos lo imperceptible, dejaremos de desear y empezaremos a ser. Quizá debamos llamar *plenitud* a ese estado. ●

NARRATIVA >> EL DESEO ES UN PIANO INVISIBLE

Entrevista a Gisela Kozak Rovero

Doctora en Letras, narradora, ensayista, compiladora y profesora universitaria, autora de 14 libros, la escritora venezolana radicada en México, Gisela Kozak Rovero, ha publicado la colección de relatos *El deseo es un piano invisible* (Miami: Suburbano, 2025)

NELSON RIVERA

Leyendo *El deseo es un piano invisible* tuve la sensación de entrar en una serie de narraciones en la que cada una es una especie de mundo compacto, centrípeto, de mujeres que se observan mutuamente y afrontan la experiencia del deseo y el amor de forma concentrada e intensa. Cada narración se configura como una esfera. ¿Cabe pensar que las lesbianas tienden a aglutinarse en delimitados círculos lésbicos, en alguna medida dotados de códigos, lenguajes y sensibilidades propias?

Cuando las mujeres empezaron a aparecer como escritoras en el espacio público de manera masiva, se decía que escribían sobre un mundo con códigos propios, que si a ver vamos puede decirse también del mundo juvenil o religioso. En cualquier caso, tomo la pregunta como un halago: el cuento tiene que ganar por nocaut, como escribió Julio Cortázar, y que cada historia forme un mundo compacto significa que funciona. Claro, estar al margen de la norma social obliga a establecer un espacio de reconocimiento y pertenencia que actúa como protección y también como un riesgo, el riesgo de los guetos que se convierten en un horizonte de vida marcado por sus límites. Además, las historias de amor en la literatura establecen un espacio exclusivo, como si las dos personas viviesen en una esfera propia, autosuficiente. En parte es cierto y, personalmente, este tipo de vínculo me mantiene viva a pesar de tantas cosas que han ocurrido en estos años. El amor entre mujeres ha existido siempre, pero, desde luego, el cuento y la novela a través de la historia se mueven en lo que el horizonte de determinadas épocas permite. Lo que puede calificarse de códigos, sensibilidades y lenguajes propios depende de la variedad humana que hay detrás de no tener un comportamiento afectivo y sexual adaptado al mayoritario. He conocido mujeres muy diferentes entre sí y los códigos, lenguajes y sensibilidades entre ellas son distintísimos. La mirada de los demás nos agrupa en una categoría –lesbianas–, una categoría política y social, pero la diversidad entre nosotras supera tal categoría. Compilar este libro significa para mí un intento de que se abra paso una de las tantas dimensiones humanas de la literatura, pero este libro no está hecho para mujeres lesbianas o bisexuales, sino para toda persona que se considere a sí misma lectora de literatura y abierta a la variedad de las experiencias. Mi técnica cuentística, independientemente del juicio que merezca, se funda en tradiciones literarias en diversos idiomas, ante todo el español, y lo que se nota como propio de un grupo humano específico es una representación de las lesbianas a partir de un código común, fundado en la variedad propia del relato corto, escrito por hombres y mujeres de diversas épocas y culturas, incluidos mis contemporáneos. No se necesita la nacionalidad venezolana para leer a Elisa Lerner, a Victoria de Stefano o a Ana Teresa Torres; no se requiere ser mujer lesbiana para entender este libro. Me han honrado con su lectura la



GISELA KOZAK / ©ANA TERESA TORRES

escritora nica-mexicana Ligia Urroz; una gran intelectual y pensadora feminista, también de México, como Marta Lamas; escritores venezolanos como Miguel Gomes, Ana Teresa Torres, Jesús Torrivilla o la historiadora Alejandra Martínez Cánchica. Por su parte, Karina Sainz Borgo presenta el libro en el dossier de prensa, y la escritora argentina-mexicana Sandra Lorenzano es la autora del texto de la contraportada: edades, sensibilidades, formaciones, nacionalidades, geografías, orientaciones sexuales y gustos distintos.

¿El deseo es un piano invisible es el primer libro de narraciones lésbicas que publica una autora venezolana? ¿Hay antecedentes en nuestra literatura que exploren sistemáticamente el amor y el sexo lésbico?

Hay antecedentes sobre el tema, por supuesto. Dina Piera Di Donato, quien vive actualmente en Nueva York, ha escrito al respecto desde hace décadas, tanto relato como poesía. Más recientemente publicó su estupendo texto, *El libro de Alicia* (2024), dedicado a una exploración del afecto y la memoria sacudidos por la muerte del ser amado. En *La favorita del señor*, de Ana Teresa Torres, se explora el erotismo lésbico y también en *La esposa del Dr. Thorne*, de Denzil Romero, pero en estos dos casos se trata de parte del repertorio propio de la novela erótica, que explora todas las caras del erotismo, entre las cuales se incluye el sexo lésbico. Hay algún cuento de la primera mitad del siglo pasado, “El maniquí”, creo que de Blas Millán, una rareza a la que le perdí infortunadamente la pista, y escenas de algunas novelas, como en el caso de *La flor escrita*, de Carlos Noguera. La intensa conexión entre María Eugenia Alonso y Mercedes Galindo, en *Ifigenia*, de Teresa de la Parra, tiene ribetes lésbicos, aunque la relación romántica del libro es sin duda con un hombre, Gabriel Olmedo. En cuanto a si *El deseo es un piano invisible* es el primer libro integrado exclusivamente por historias de este tipo, la respuesta es sí, hasta donde sé. Consta de textos publicados en revistas como *Literal Magazine* (Estados Unidos), suplementos como *El Cultural* (México),

alguna historia de un libro anterior y otras revistas. Son relatos escritos a lo largo de muchos años, paralelamente a mis novelas y libros de ensayo y de cuento, en los que se tratan otros temas que no tienen que ver con el lesbianismo. De hecho, le dediqué mucho tiempo no solo a los libros de ficción sino a artículos sobre la política venezolana y a mis artículos más especializados como investigadora universitaria.

En uno de sus relatos, “La pasión”, se narra el sexo entre dos mujeres, a lo largo de varias páginas. Lo hace con morosidad y nitidez. Sin refugiarse en eufemismos. ¿Conoce usted en la literatura venezolana escenas de sexo explícito y moroso o son infrecuentes?

Ya mencioné a Romero y a Torres. El erotismo siempre ha estado presente, sobre todo a partir de los sesenta y setenta del siglo pasado, sea que se mencione el tema, exista la tensión o se explicita. Una de mis novelas venezolanas favoritas, *Percusión*, de José Balza, tiene escenas homoeróticas entre varones. Mi querida editorial Alfa tuvo una colección llamada Letra erecta, en la que se publicó a Israel Centeno, Carlos Noguera y Carmen Vincenti tienen memorables escenas de erotismo, pero sin duda *La favorita del señor*, de Torres, es la cumbre de la literatura erótica venezolana. La memoria falla siempre en las enumeraciones, pero me han comentado que la antología de escritoras jóvenes *Feroces* (Venezuela: Sello Cultural. 2023), compilada por Jacobo Villalobos, tiene que decir en estas lides. En cuanto a mí, también escribí escenas eróticas en mi novela *Todas las lunas*.

En sus narraciones las músicas entran y salen de escena de forma incansable, como incitadora al eros del baile, como atmósfera, como signo de un personaje, como referencia cultural. Pero, paradójicamente, la prosa de sus relatos mantiene una sosegada tonalidad. Usted narra sin prisas ni raptos. ¿Cómo es su rutina como autora? ¿Escribe rodeada de silencio? ¿O escucha alguna música de forma recurrente?

Amo la alegría, el encuentro, el movimiento, así sea una loba esteparia que circula –salvaje aunque ilustrada y, en general, cortés– en un mundo que le resulta hostil pero muy atractivo. El humor es clave en mi vida, la ironía también y creo que en las peores tragedias hay un ángulo que reafirma la voluntad de vivir. Tal vez por esta razón todavía hay lectores que me recuerdan por *Ni tan chéveres ni tan iguales*. Trabajo mucho mis textos, incluso años, y ahora que soy editora de la sección “Conversaciones Globales” en la revista *Letras Libres*, el ojo se ha vuelto más quisquilloso. Tal vez que no haya prisas ni raptos obedece a eso, a tanto pulimento. Escribo en silencio pero corrijo con música, generalmente académica, aunque tengo gustos musicales variados. Los títulos de los cuentos son musicales porque el deseo –más allá del propiamente sexual– tiene una gran variedad de ritmos. Tengo una novela inédita que se desenvuelve en una cárcel y la música suena todo el tiempo, como si se tratara del *soundtrack* de una película de acción. En la que escribo actualmente también ocurre.

Usted está radicada en México desde 2017. Quizá pueda ofrecernos su visión personal, específicamente de la tensión entre exclusión y aceptación de las lesbianas en Caracas y en Ciudad de México, de acuerdo a lo que usted ha tenido oportunidad de conocer. ¿Se mantienen conductas de rechazo en lo cotidiano, lo académico o lo profesional, o eso está cambiando a un estatuto de menor hostilidad?

Cuando conocí ciudades como São Paulo, Ciudad de México o Berlín en los noventa ya era impresionante la diferencia. Ciudad de México es una metrópolis enorme, cosmopolita, muy activa culturalmente y, por lo tanto, mucho más abierta respecto a la vida lésbica. *Dos mujeres*, una novela muy buena de Sara Levi Calderón, tiene más de treinta años y tuvo éxito de público y de crítica, aunque su familia intentó retirarla del mercado, lo cual indica la importancia que todavía se le daba a la literatura. Odette Alonso, cubana de origen y

mexicana de adopción, también ha escrito narrativa lésbica y ni hablar de su extraordinaria poesía. Es editora, junto a su esposa Paulina Rojas, de la antología *Versas y diversas. Muestra de poesía lésbica mexicana contemporánea*. Sandra Lorenzano, narradora, ensayista y poeta, tiene una novela, *El día que no fue*, sobre un romance de película que se acaba. Hace poco la escritora Artemisa Téllez publicó una antología de cuentos lésbicos, *Hasta que comience a brillar* con Penguin Random House. El movimiento lésbico tiene más de cuatro décadas de activismo, existe el matrimonio igualitario y en el mundo académico se estudia el tema, como lo demuestra la trayectoria investigativa de María Elena Olivera y de la también narradora Elena Madrigal. Mi esposa figura como tal en el Seguro Social y en mi trabajo de profesora universitaria en el Tecnológico de Monterrey (sede de Ciudad de México) son explícitas las políticas laborales de la no discriminación por razones de género u orientación sexual. La vida nocturna es muy libre. Me imagino que podría haber pasado en Venezuela algo como en Colombia de haber continuado la democracia civil. En pleno gobierno de Álvaro Uribe, considerado con razón un conservador, la corte abrió la puerta a los derechos civiles LGBTQ+. Espere-mos que en el futuro ocurra.

Me pareció que otra presencia recurrente en los personajes de sus relatos es la búsqueda de reconocimiento, en sus distintas formas: amoroso, erótico, intelectual, profesional. El reconocimiento del otro como uno de ejes axiales de su libro. ¿Comparte este criterio sobre su libro?

Muy buena pregunta. Conozco gente de todas las edades y sectores sociales en Venezuela que a estas alturas esconde su orientación sexoafectiva a su familia o lo esconde en el trabajo. Cuando en México presento a mi esposa en reuniones, políticas o no, de venezolanos, las caras son un poema, con las excepciones del caso porque evidentemente hay paisanos y paisanas muy abiertos frente a la diferencia sexual. La violencia puede hacerse presente y el rechazo es doloroso: como activista supe de los desmanes de padres y educadores respecto a sus hijos LGBTQ+, afortunadamente no todos pero sí un porcentaje lo suficientemente alto para alarmarse. Las madres lesbianas que conocí en Venezuela vivían en un clóset en su propia casa con sus hijos e hijas ya adultos. Hace muchos años se me arrebató un concurso de credenciales en una universidad muy prestigiosa y uno de los motivos que se esgrimió fue mi orientación sexual. Por fortuna, Letras, de la Universidad Central de Venezuela, no tuvo esos problemas. Venezuela está a la zaga de gran parte de Sudamérica y México en cuanto a los derechos humanos para la población LGBTQ+. Para colmo de males, gente inteligente y que aprecio confunde esta lucha por los derechos humanos con una causa de izquierda y, haciendo una voltereta mental que no logro entender, asimila las reivindicaciones respecto a los derechos civiles a la dictadura venezolana, aliada con iglesias evangélicas abiertamente homofóbicas. Son precisamente las dictaduras –Cuba, Nicaragua y Venezuela– y otros gobiernos de izquierda –Bolivia y Honduras– los países donde no existen nuestros derechos. Es más, hay connacionales que se sienten amenazados.

Hace un tiempo decidí cerrar mi cuenta de Twitter –un gran beneficio para la salud que recomiendo– por varias razones; entre ellas, los inevitables encuentros con los ultramontanos surgidos a cuenta del rechazo a la dictadura. Hubo un tuitero, que reside en Venezuela, al que consideré un gran ejemplo de humor involuntario: indicaba que se sentía discriminado en calidad de hombre macho heterosexual en un país en que la población LGBTQ+ no tiene ningún derecho. Ni hablar de los amantes de Trump, Milei, Abascal y Gemma Meloni que creen seriamente que la población LGBTQ+ está “derrumbando occidente”. Las guerras, las dictaduras de todo signo, nuestros connacionales migrantes, mi pobre país devastado, deberían, con todo respeto, concitar más preocupación.

(Continúa en la página 5)

PUBLICACIÓN >> NOVELA DE MILTON QUERO Árevalo

La sultana del Ávila como espejo de una época



MILTON QUERO / ©AUDIO CEPEDA

Milton Quero Arévalo es poeta, narrador, actor y profesor universitario. Su más reciente novela, *La sultana del Ávila* ha sido publicada por Letralia & FBLibros

SIMÓN PETIT

Cuando disfrutamos de la vida en todas sus etapas, los primeros años de nuestro tránsito suelen ser, sin duda, los mejores. Quizás para algunos sea difícil, para otros no tanto, pero hay un común denominador que nos permite evocar los mejores recuerdos de esa etapa: los amigos, la aventura, la rumba, la inquietud por ser distinto, los episodios comunes y las tragedias particulares. Todo eso lo vivimos en un espacio: la ciudad; y en un tiempo determinado: la juventud. Ellas no son solo un escenario; son el molde donde nuestro cuerpo y espíritu se forjan. Es una dimensión que nos modela y transforma con cada acierto y error que cometemos tejendo nuestra historia.

La sultana del Ávila, es la más re-

ciente novela de Milton Quero Arévalo. Una obra que nos transporta a la vibrante Caracas de la década de 1980, un periodo sustancial en la historia de Venezuela. Y aunque cada generación tiende a idealizar su propia década – sea 1960, 1970, etc –, para muchos contemporáneos, la de 1980 es la mejor. A través de los ojos de su protagonista, Javier Medina, alias Hamlet, la ciudad de Caracas se convierte en una cómplice esencial de los días que sumerge al lector en un mundo donde la amistad, la juventud y los sueños se entrelazan en un contexto lleno de experiencias y matices culturales y sociales.

El relato inicia donde el protagonista forja lazos profundos camino a un burdel con sus amigos y compañeros de teatro, sus vecinos de La California Norte y del Parque de Residencias Se bucán. Este entorno refleja las dinámicas propias de la juventud aventurera, actuando como un microcosmos de la sociedad venezolana de la época. Las anécdotas compartidas entre amigos, las risas y los desafíos cotidianos establecen una conexión íntima con el lector, permitiéndole revivir sus propias experiencias juveniles. La ambientación con la música disco, la manera en la que las fiestas eran el escape y el alivio para las pasiones secretas, todo eso se nos muestra en pocas páginas.

La novela engancha porque de alguna manera, el lenguaje e hilo conductor es el de un muchacho que va describiendo su vivir. ¿Entonces es una novela autobiográfica? Si y no. Precisamente el escritor se permite esas li-

cencias porque sabe cuándo debe ser él y cuándo no. Sabe cómo combinar hechos reales con elementos inventados o modificados para crear una historia más atractiva o exploratoria, sin pretender ser un recuento estrictamente verídico como una biografía. ¿Es una novela juvenil? Claro que lo es, y lo mejor es que hay una puesta en escena que nos remite a la nostalgia de aquella Caracas.

En las novelas juveniles, los giros argumentales son esenciales para mantener el interés del lector y aportar dinamismo a la historia para sorprender y provocar la emoción, ya sea alegría, tristeza o incluso frustración. *La sultana del Ávila* cumple con esos pasos: revelaciones sorprendivas, decisiones difíciles de tomar, eventos inesperados que nos mantienen en vilo, el crecimiento personal y la madurez del individuo como vuelta de tuerca a otra etapa. Es como una puesta en escena para el lector.

Ah, entonces también es una obra de teatro. Pues sí, porque no solo hay acción y diálogo, hay ritmo, hay un balance de personajes bajo la luz y en los capítulos de la novela, como si fueran los actos de una obra; y también puede decirse que es el guion de una película porque los cuadros y la escena que nos presenta Milton Quero Arévalo es un espectáculo de fondo, incluso fija en uno de sus capítulos el guion literario con su escena, ambientación, planos y recursos de apoyo audiovisual. En la novela también rompe el esquema tradicional porque hay insertos de tarje-

Entrevista a Gisela Kozak Rovero

(Viene de la página 4)

Por último, ¿podría contarnos de sus lecturas de autores no venezolanos, desde que emigró a México? ¿Descubrimientos? ¿Recomendaciones de autores y obras, de cualquier género?

Aparte de los autores ya mencionados, una lista para picar la curiosidad sin más. Me imagino que pueden haber llegado a Venezuela a través de los caminos alternativos a los que obliga la realidad del país: Mohamed Mbougar Sarr, *La más recóndita memoria de los hombres*, una novela fabulosa sobre la migración, la literatura como arte verbal y la relación con los ancestros; Ocean Vuong con *En la tierra somos*

fugazmente grandiosos va por un camino semejante y la fuera de serie *Hamnet*, de Maggie O’Farrell, construye el pasado inglés como si pudiéramos olerlo, probar la comida, hablar con la protagonista, una mujer sumamente especial. Se trata de un personaje inspirado en la esposa de Shakespeare, Anne Hathaway. En cuanto a la literatura mexicana, una literatura de lujo, recomendando *La hija única*, de Guadalupe Nettel, una indagación sobre los vínculos familiares establecidos entre personas que no tendrían por qué vincularse y contada con un lenguaje muy cercano e íntimo; *Desierto sonoro*, de Valeria Luiselli, la recreación personalísima de un género tan propio de los Estados Unidos, la literatu-

ra de los largos caminos y extensiones, desde una perspectiva muy diferente a como lo hizo un clásico del género, *En el camino*, de Jack Kerouak; para los amantes del gore, la violencia extrema y la crítica radical de la sociedad con una potencia lingüística excepcional, *Temporada de huracanes*, de Fernanda Melchor; si se quiere temblar de miedo, la trilogía de terror conformada por los libros de cuentos *Los niños de paja*, *Demonia* y *Mar negro*, de Bernardo Esquina; la migración también es tema: *Cenizas en la boca*, de Brenda Navarro. Chile: *Un verdor terrible*, de Benjamin Labatut, es uno de los mejores libros que he leído en mucho tiempo, no solo por su escritura sino porque soy amante de la ciencia y de la literatura sobre científicos. Humor, familia y gracia: Rafael Gumucio con *Los parientes pobres*. Las ecuatorianas:

Pelea de gallos, de María Fernanda Ampuero, sangre, sudor y lágrimas; *Fiebre*, de Yuliana Ortiz Ruano, mi descubrimiento de la literatura afroecuatoriana, que me recuerda tanto a nuestras costas, a nosotros, a la cultura caribeña; y *Nefando*, de Mónica Ojeda, la cara feroz de la tecnología. Las argentinas están en su momento: *Nuestra parte de noche*, de Mariana Enríquez, es una gran lección: al narrar las dictaduras, el terror y lo sobrenatural son eficaces herramientas; *El nervio óptico*, de María Gainza, para los amantes del arte; *Opus Gelber*, de Leila Guerriero, el mejor perfil biográfico que haya leído. Para la crítica literaria, los textos del mexicano Christopher Domínguez Michael, en especial *Octavio Paz en su siglo*, y de la española Mercedes Monmany *Sin tiempo para el adiós*, sobre escritores

to de inflexión en la narrativa. El traslado no solo simboliza una búsqueda de conocimiento y superación personal mediante la beca Gran Mariscal de Ayacucho, sino que también plantea interrogantes sobre la identidad y el sentido de pertenencia. En un país como Venezuela, donde los jóvenes enfrentan múltiples desafíos, el protagonista se convierte en un símbolo de esperanza y aspiración en ese momento. La experiencia académica y amorosa en Estados Unidos contrasta con su vida anterior y le ofrece nuevas perspectivas que enriquecerán su regreso a casa ahora como Javier Medina, ya sin máscaras ni maquillaje.

El reencuentro con sus amigos tras su regreso a Venezuela es uno de los momentos más emotivos del libro. El paso del tiempo ha cambiado a cada uno de ellos; sus vidas han tomado rumbos distintos, reflejando así las transformaciones sociales y económicas que ha sufrido el país. Este encuentro resalta la nostalgia por los días pasados, pero también invita a reflexionar sobre cómo las circunstancias pueden cambiar nuestras trayectorias individuales.

Milton Quero Arévalo, utiliza una prosa rica que permite al lector sentir profundamente las emociones del protagonista. La obra es un homenaje a la amistad y también una crítica sutil a los retos que enfrenta la juventud venezolana. El autor logra capturar la esencia de una época marcada por contrastes, donde el deseo de superación choca con las realidades socioeconómicas.

La sultana del Ávila es una novela que trasciende su contexto temporal para ofrecernos una reflexión universal sobre la amistad, el cambio y la búsqueda de identidad. La habilidad de Milton Quero Arévalo para entrelazar lo personal con lo social convierte esta obra en un testimonio valioso para todos aquellos que han experimentado el viaje hacia la madurez. 📖

La Caracas de Milton Quero Arévalo

RAFAEL ARRAIZ LUCCA

No son muchas las novelas cuya trama ocurre en Caracas, y todavía menos las que trabajan hechos de los años 80 y 90. De entrada, esto me sorprendió gratamente, pero además los personajes me recordaron tanto a mí y mi generación, que la lectura se imantó por la sensación de estar recorriendo pasos perdidos en la memoria, ahora recuperados por la novela de Milton. Pero no se trata de cualquier Caracas, es la de los artistas e integrantes del mundo cultural. En este caso específico: los estudiantes de teatro que sueñan con la eternidad en las tablas y construyen mundos imaginarios.

La experiencia caraqueña de Quero es la del que descubre la ciudad en su juventud, procedente de Falcón, y se deslumbra con buenas razones con la urbe de los 80 y 90 donde ocurría, por ejemplo, uno de los mejores festivales de teatro del mundo. Por otra parte, en los 80 ya no eran necesarios los efluvios disruptivos de los 60, entonces casi todos incorporados a la vida cotidiana en muchas formas: la libertad sexual, los paraísos artificiales y un largo etcétera conquistado

por la generación anterior.

La juventud es la edad de los amigos, del cambote, de la vida social, ya después vamos abriéndole la puerta a la soledad. La trama de Quero es grupal: son varios los personajes que interactúan, pero una suerte de *alter ego* prevalece y, en muchos sentidos, relata su novela. Una historia que tiene mucho de crónica y de ensayo también. La novela trajo a mi memoria lo escrito por Pancho Massiani no solo por el elemento caraqueño sino por el lenguaje juvenil de cada tiempo histórico.

Conocí a Milton Quero Arévalo hace muchos años: nos presentó el inolvidable Oswaldo Trejo. Durante un lapso dejé de verlo hasta que en una oportunidad fui a la Universidad Rafael Urdaneta de Maracaibo y el rector me invitó a ver *Antígona*, y allí estaba de nuevo Milton dándole vida a una obra inmortal que surgió en un paraje tan agreste como el Zulía. Me impresionó el montaje y gracias a Sófocles retomamos el vínculo.

Por último, la novela de Quero no solo no decepciona, sino que alegra y acompaña. Revive unos años gloriosos para la cultura en Caracas: el telón de fondo de toda la novela. 📖

europeos que tuvieron que huir de sus países por motivos políticos; también *La polis literaria*. *El boom*, la *revolución* y *otras polémicas de la guerra fría*, del cubano-mexicano Rafael Rojas. La lista se hace larga, pero es imposible olvidar a los novelistas españoles Ana Iris Simón con su novela *Feria*, a Sara Barquinero con *Los escorpiones* y a Álvaro Pombo con *Santander, 1936*. Las ideas son claves y en este caso los títulos hablan por sí mismos: *Crítica de la víctima*, de Daniele Giglioli; *Cuerpo, sexo y política*, además de *¿Ideología de género?*, de Marta Lamas; *Sobre la esperanza*, de Byung Chul Han; *Fragmentar el futuro*, de Yuk Hui; *En defensa de la ilustración*, de Steven Pinker; *Postguerra*, de Tony Judt; *Sobre la tiranía*, de Timothy Snyder; *El ocaso de la democracia: la seducción del autoritarismo*, de Anne Appelbaum. 📖

NOVELA >> PUBLICADA POR MONROY EDITOR (2023)

Nebraska: novela de campus (o académica) de Miguel Gomes

"Dividida en dos partes – ‘Bourbon, NE’ y ‘Música Antigua’ –, la novela entreteje temas como la soledad, la docencia, la escritura, y la música, todos ellos gravitantes en torno a la figura de David de Souza, ya familiar para los lectores de Gomes a través de obras anteriores como *Retrato de un caballero* y *Llévame esta noche*"

ANTONIO GARCÍA LOZADA

En *Nebraska* (2023)¹, el escritor venezolano Miguel Gomes nos ofrece una novela de introspección profunda ambientada en la ciudad de Lincoln, capital del estado estadounidense de Nebraska. Espacio geográfico –“corazón de los tenebrosos corazones de las ‘Grandes Praderas’”– (p. 12), que no solo se erige como escenario geográfico, sino que se impone como símbolo del estado desalentador del protagonista. Un paisaje vasto, plomizo y desolado que dialoga íntimamente con la interioridad de David de Souza profesor universitario, y escritor venezolano emigrado, cuya vida transcurre en aislamiento.

Dividida en dos partes –“Bourbon, NE” y “Música Antigua”–, la novela entreteje temas como la soledad, la docencia, la escritura, y la música, todos ellos gravitantes en torno a la figura de David de Souza, ya familiar para los lectores de Gomes a través de obras anteriores como *Retrato de un caballero* y *Llévame esta noche*. En esta ocasión, David habita “el sótano de una casa” (p. 17), descrito como una suerte de caverna moderna, donde intenta superar su tristeza y reconfigurar su vida tras un divorcio reciente, pese al entorno sombrío, caracterizado por una “topografía plomiza y apagada” (p. 18), donde incluso “la Nada se siente sola” (p. 18).

David anhela concentrarse en sus labores académicas y literarias, y el sótano, paradójicamente, presenta condiciones ideales para la escritura. Está “cerca de la universidad y había paz para escribir, (...) la planta baja no estaba habitada porque el dueño se había mudado a Omaha (...) y aquella situación me daba carta blanca para poner tan alta la música como quisiera (...) y es algo que me hace compañía” (p. 17). No obstante, en ese ambiente ideal –de soledad, silencio, música, tiempo–, lo que emerge es una imposibilidad para crear: “no le sacaba nada al teclado” (p. 19), “garabateé novelas risibles que no sobrevivían al desencanto de la relectura” (p. 38). Así hallamos que las aspiraciones literarias de David se aplazan y lejos de redimirlo, se convierten en una labor estropeada.

El ambiente académico no resulta más alentador. En la sombría atmósfera de la Universidad de Nebraska, la decepción de David se intensifica frente a “*la monotonía de las clases, el despacho en el ceniciento edificio Oldfather Hall, (...) sin ganas de telefonar a nadie o entablar amistades*” (pp. 18,19). Incluso, en uno de sus días grises, David abandona momentáneamente el encierro del sótano para trasladarse a su cubículo en la biblioteca, un lugar que tampoco escapa al desencanto: “lleno de libros que preferían quedarse callados, apáticos, más papel que otra cosa” (p. 19). En el instante, cuando David está a punto de eliminar un manuscrito en la computadora: alguien llama a la puerta. Es Gabriel Chardon, colega del departamento, quien encarna uno de los arquetipos de la universidad.

Así pues, las experiencias de David aparecen representadas en su lucha por comprender tanto el mundo que lo rodea como sus propios sentimientos y motivaciones. Aunque desorientado tras su divorcio, sin hijos y viviendo solo (p. 25), poco a poco empieza a reencontrarse con su identidad académica –su rol como *scholar*. Su estado de ánimo mejora a través del reconocimiento profesional: publicaciones, ascensos en el escalafón universitario y la obtención de “dinero por mérito” (p. 25). Gomes aprovecha estos aspectos para describir la trayectoria del profesor en las universidades estadounidenses. Aunque una amplia mayoría de profesores, movidos por



MIGUEL GOMES / ©VASCO SZINETAR

los incentivos económicos, publican artículos o libros sin una comprensión real de aquello que enseñan –“no saben ni pizca de la gramática que enseñan” (p. 20). David, sin embargo, representa la excepción: es “el profesor estrella (...) el más erudito y reconcentrado” (p. 26), y su entrega al rigor intelectual lo lleva a reconciliarse con su oficio y asumirlo como destino propio.

En ese contexto académico, Gabriel Chardon se convierte en el colega más cercano de David, con quien establece una relación cordial y constante. Desde el primer encuentro en la biblioteca, David –fiel a su mirada irónica– percibe la inclinación étlica de su compañero: “el effluvio del alcohol le había dado alcance” (p. 20). Esta impresión no le es exclusiva; otros colegas, como Fabian Marrone –a quien David describe como “el experto en crónicas de pasillo” (p. 20)–, le comenta que a Chardon lo llaman “Dr. Bottle”, en alusión a su reconocible deleite por el Bourbon. Pero, a pesar de sus excesos étlicos, Chardon destaca por su sensibilidad literaria. A juicio de David, “era la única persona con la que podía hablarse de literatura: un escritor. Los demás no pasábamos de pobres” (p. 38). De ahí que no sorprenda encontrar múltiples pasajes en la primera parte de la novela –“Bourbon, NE”– en los que David y Chardon comparten copas, como parte de una camaradería cimentada tanto en la bebida como en la afinidad intelectual.

Sumado a lo antedicho, en una de las tantas veladas compartidas entre Chardon y David, marcadas por el vaivén del Bourbon y las palabras, brota una confidencia que, aunque trivial en apariencia, encierra un fondo revelador: Chardon se queja con visible fastidio del vecino del piso inferior, quien tiene por costumbre inundar el edificio con música desde las cinco de la tarde hasta las diez de la noche, incluso los fines de semana. “Siempre Vivaldi, o Back...”, dice con desdén. David, fiel a su ironía sutil, responde: “que no es tan vulgar: si le gusta Purcell” (p. 44). Luego de esos sinsabores domésticos; Chardon desvía la charla hacia terrenos más reservados: el divorcio de David, la falta de escarceos amorosos, o su tentativa de seducir a la colega Laura Miller, o de haber “atrapado a muchas pollitas” (p. 49). Finalmente, con un gesto amable pero cargado de una inseguridad apenas disimulada, David se despide, no sin antes entregarle tímidamente a Chardon el manuscrito de su novela *La ciudad lejana*, ansioso por conocer su opinión (p. 49). Pero el gesto de Chardon parece diluirse en la indiferencia: él estaba más pendiente de destapar la cuarta botella de Bourbon que del manuscrito de su amigo, y deja en el aire una incómoda sensación de desinterés. Así, lo más clamoroso de aquella noche no fue la entrega del manuscrito ni las copas compartidas, sino la molestia pertinaz de Chardon

por la inagotable música del vecino.

Este episodio encuentra una resonancia más profunda en otra escena clave, en la segunda parte de la novela –“Música Antigua”–, cuando el narrador cuyo nombre no se revela describe desde su balcón la ciudad de Lincoln con una atmósfera “cenicienta y sigilosa” (p. 84). Y es en ese momento donde la narración da un viraje significativo y se formula una declaración significativa: “vayamos a nuestra materia, que no es la soledad sino la música (...) que ha sido la mejor compañera a lo largo de los años” (pp. 85–86). Así, lo que parecía una queja incidental sobre el “ruido” que ocasionaba la música del vecino de Chardon se resignifica en esta parte de la novela. La música, lejos de ser una simple presencia de fondo, se convierte en una forma de compañía profunda. La soledad que permea en su entorno desaparece, o se “olvida” y se transforma. La escritura, que inicialmente parecía ser el medio para sobrellevarla, queda aplazada: “lo de escribir resultó imposible” (p. 111), y es la música la que germina como una alternativa constante, fiel y transformadora; estableciendo un anclaje cuando faltan las palabras.

Ahora, los vínculos que se construyen entre las dos partes de *Nebraska* también nos permiten hacer un paréntesis sobre la relación histórica entre música y palabra. Ya que, desde los orígenes de la misma escritura, y aún antes, en la oralidad, elementos como el tono, el ritmo o la armonía, han constituido cuestiones de especial atención para contadores de historias y escritores. Lo mismo ha sucedido con los compositores, sus inquietudes creativas también los han llevado a encontrar en pasajes literarios el motivo para componer o adaptar sus obras musicales. Como resultado de estos nexos, Miguel Gomes ha sabido fusionar eruditamente en la segunda parte de *Nebraska* un testimonio en el que verbo y música generan un equilibrio que propicia crear variadas posibilidades artísticas.

El narrador, por ejemplo, apela a las referencias literarias con los versos del escritor neoclásico inglés John Dryden (p.110) lo cual nos confirma que la poesía es fuente de interpretación musical. Y las asocia con líneas en el *King Arthur* de Purcell que entre otras se difuminan en favor del protagonismo que van adquiriendo los compositores como personajes evocados por el narrador generando una melomanía instintiva. Así pues, en la segunda parte de la novela el protagonismo de los compositores logra amplia notabilidad como prueba de la diversidad, y autenticidad, que puede alcanzar la música cuando no se limitan las posibilidades creativas. Ante todo, Miguel Gomes magistralmente nos invita a reflexionar sobre cómo el arte –ya sea la música o la literatura– puede ser a la vez una resistencia a la soledad y una forma de velarla.

Además, Gomes nos abre la puerta a un universo donde la música se erige como materia novelable, hilada en la tensión sutil entre dos vecinos que no se conocen, aunque comparten el eco de un edificio casi deshabitado. Uno, el narrador, quien vive en el sexto piso, el otro justo encima, en el séptimo. Entre ambos se despliega una suerte de duelo silencioso, una contienda acústica que convierte el sonido en lenguaje y la escucha en territorio disputado. La música no es solo fondo, sino campo de batalla, y en ese cruce de melodías se instala una profunda curiosidad de saber quién era su vecino hasta tornarse en una obsesión desenfadada. En ese estado de impaciencia, el narrador opta por verter un anillo, o algo, en el desagüe del fregadero (p. 99), plan aparentemente trivial que oculta la intención de provocar la ayuda del conserje Herman. Busca, en realidad, una forma por donde asomarse al misterio del vecino del séptimo piso, sin exponerse al choque directo que implica reprocharle el volumen excesivo de su música.

Así la música deja de ser un simple acompañamiento para erigirse en columna vertebral de la narrativa, un eje íntimo que moldea las acciones y revela los pliegues ocultos de los personajes. Cada pieza mencionada –la *Missa Bell’Amphitri’altera*, de Di Lasso, *Ecco la primavera*, de Munrow, *Giunta vaga bilita*, de Landini, las baladas de Guilles Binchois, *Quanta Qualia*, de Pedro Abelardo o las *Cantigas de amigo*, de Martín Codax, entre muchas otras, (pp. 104, 106, 114)– no solo acompaña, sino que invoca, transforma y tensiona. Su función no es decorativa, sino constitutiva: se inscribe en la estructura misma del relato, dota de espesor emocional cada escena, y amplifica la introspección del narrador hasta volverla casi musical. En esta segunda parte de *Nebraska*, la música no suena: resuena. Lo hace con una fuerza envolvente, gracias a la vastísima cultura musical de Miguel Gomes, que se despliega sin ostentación, como un saber compartido al servicio de la ficción.

En las últimas páginas de la segunda parte de *Nebraska*, las escenas del insólito duelo musical entre los dos vecinos se narran con una fluidez admirable, donde el ritmo de la prosa acompaña con gracia el *crescendo* de esta confrontación sonora tan paradójica como hilarante. Cargadas de un humor fino, y a la vez mordaz, estas páginas retratan con agudeza la convivencia forzada en un edificio cualquiera, donde la música se convierte en un lenguaje de rivalidad expresiva. Sin embargo, este enfrentamiento cotidiano, casi ritual, encuentra un final tan abrupto como inesperado: una mañana, desde el balcón del séptimo piso, el vecino lanza un saco de viaje repleto de discos compactos –varios de ellos claramente rotos– que cae con estrépito sobre el pavimento del estacionamiento (p.116). El golpe seco y repentino del bulto contra el suelo sorprende al narrador, vecino del piso de abajo, quien se asoma intrigado por el estruendo. Al comprobar que en el saco negro no había un cuerpo descoyuntado (p.117), guarda silencio: el lector puede intuir que aquella guerra sin palabras ha llegado a su fin. Pero el episodio no pasa inadvertido ni queda sin consecuencias en el plano emocional. El narrador, visiblemente trastornado, se descubre una vez más solo, refugiado entre la lectura y la música, con una tristeza que no logra ocultar.

Nebraska plantea, en términos generales, la necesidad de expandir los marcos tradicionales de la novela venezolana y latinoamericana, al abrirse a modalidades narrativas poco transitadas, como la novela académica (o *campus novel*). Esta apertura no representa una ruptura con las estéticas que han definido la tradición literaria regional, sino más bien una invitación a enriquecerla mediante dinámicas de renovación y nuevas genealogías narrativas. La obra exige, por tanto, una lectura pausada y reflexiva, donde el lector es conducido por pasajes diversos y experiencias contrastantes que permiten establecer vínculos entre la ficción y la condición humana. Esta cualidad no solo revela la pluralidad de registros en la escritura de Gomes, sino que también señala una dimensión histórico-cultural más amplia: la gestación de una forma novelística emergente, de alta densidad simbólica y con una vocación crítica que exige una recepción atenta.

Dentro de esta estructura cabe destacar un elemento fundamental que enlaza ambas partes de la novela: la figura del padre del narrador, un profesor de música que accede a un resbaladizo cargo universitario en las Grandes Praderas y que se especializa en música antigua, disciplina que da título a la segunda parte de esta obra. Esta figura paterna funciona como eje de cohesión entre los dos protagonistas –“David de Souza en “Bourbon, NE” y el narrador de “Música Antigua”–, quienes, aunque desde perspectivas distintas, comparten un espacio común: la ciudad de Lincoln. Esta coincidencia geográfica no solo articula la estructura interna de la obra, sino que refuerza su propuesta de novelar la experiencia académica desde un ángulo íntimo, atravesado por la memoria, el desplazamiento y la herencia cultural. ☛

¹ Miguel Gomes, *Nebraska*. Monroy Editor: Caracas–Nueva York, 2023.

CRÓNICA >> MEMORIAS DE UN DIPLOMÁTICO

Mi primer engaño

“En esa suerte de proceso de mutación, si hay algo que marca a los diplomáticos de las viejas generaciones, es el gusto por las antigüedades. Desde muy jóvenes nos convierten en cazadores de historias, muebles, pinturas, alfombras persas y no pare usted de contar de las piezas de colección que los tiempos de ocio convierten a estos personajes de Estado en ratones de galerías y anticuarios”

OSCAR HERNÁNDEZ BERNALETTE

I. Era demasiado bella para no enamorarse a primera vista. Un pequeño marco encerraba la postura con el rostro que guardaba en el imaginario de la juventud. Un cruce de piernas con tal elegancia que despertaba una inquietud que me perturbaba. En alguna parte de la vida o de las vidas la había visto, conocido, poseído o simplemente soñado. La contemplaba sin pausa. Tenerla enfrente en ese arrumado cuarto polvoriento y con mezcla de olores era una sensación muy extraña. Sin nombre, frente a mí. No tenía duda que era parisina, ese pañuelo en su frente escondiendo la audacia de su

pelo rubio solo distraído por un par de sarcillos que le guindaban con aires de provocación, me incito a caer en la tentación. La contemplaba en ese cerco sin pensar en la consecuencia de llevármela. Tenerla como tributo de los tiempos, convertirse en la esencia de la mujer de mis sueños. Así llego a mis manos, en un cuadro, tan simple que era irrelevante. Sin nombre, sin historia, así la encontré en El Cairo, me acompañó por décadas hasta que descubrí que no era ella, la original, era parte de un engaño y solo un ingenuo muchacho caía en las manos de la Francia inescrupulosa, de un mercader de arte que sabía lo que le ofrecía a un nuevo e ingenuo diplomático.

II. Hay una suerte de homologación entre los diplomáticos. Son predecibles y tienen su propio porte y estilo. No son tan difíciles de reconocer. Recuerdo hace muchos años mirando desde el balcón del Cabildo de Caracas y en el que era el despacho del jefe de Prensa de la entonces Gobernación de Caracas, Pedro Fong , que me dijo, pronto te vas a parecer a esos que van allá, pasando frente a la estatua de Simón Bolívar. No entendí. Me aseguró que esos iban para la casa amarilla, sede de la Cancillería. De toda la gente que por aquí camina los diplomáticos se distinguen a leguas. Mismo porte, estilo y caminan despacio. Con el tiempo le di la razón. En esa suerte de proceso de mutación, si hay algo que marca a los diplomáticos de las viejas generaciones, es el gusto por las antigüedades. Desde muy jóvenes nos convierten en cazadores de historias, muebles, pinturas, alfombras persas y no pare usted de contar de las piezas de colección que los tiempos de ocio convierten a estos personajes de Estado en ratones de galerías y anticuarios de prestigiosas capitales del mundo.

III. El gordo era poco sofisticado y sórdido, narizón, y usaba un fez turco. Hablaba un inglés y francés machucados. Nos llamaba a los diplomáti-



WILLIAM ABLETT

cos por igual, *safir* (embajador) así no lo fuéramos. Era una estrategia para empalagarnos y vendernos sus alfombras persas, sus cuadros, fonógrafos y piezas faraónicas las cuales aseguraba eran todas originales y que algún amigo del museo de El Cairo le había llevado para que las vendiera. Todas las piezas que exhibía, relataba, eran originales y que habían pertenecido a algún personaje empobrecido por la llegada de Gamal Abdel Nasser al poder. No se pierda la oportunidad, me decía en tono petulante. Afirmaba, en Londres o en París le costaría una fortuna. En parte era cierto, era una oportunidad si no te engañaba.

IV. William Ablett (1877-1937) fue un reconocido pintor de principios del siglo XX. Pintaba con la estirpe de sus orígenes mezclados, parisino de nacimiento y de familia inglesa. Sus retratos de féminas cautivaban. Estuvo de moda en la postguerra. Eran de una sofisticación que atrapaban a cualquier barón. Las mujeres que pintaba eran elegantes, vestidas a la moda y con la picardía de las mujeres de la ciudad de las luces, pero espigadas como las inglesas que llevaba en su sangre materna. Sus críticos lo recuerdan por su realismo académico, proporciones y luz

manejados con total delicadeza. El color pastel lo distinguía. Este pintor formado en la escuela de Bellas Artes de París entre tantas otras criaturas me revolvió el alma con esa niña con cara de tristeza, con sus dedos rozando sus labios y sentada como una obstinada esperando que un gran amor se la llevara para siempre.

V. El Merchant me dijo que me la llevara, que algún día me haría rico. “¡Safir no pierdas la oportunidad! Te costará menos que comprarte un camello en el desierto”. Así fue. Pagué su precio, era mía, sin dudas y además sin replicas. Dos mil libras egipcias y ella acompañándome sin disputa por varias décadas en tantas ciudades y recostada a tantas paredes.

VI. En Caracas llueve mucho. Por eso es tan especial y verde. También llegan ráfagas de viento. Una tarde uno de los alisios nos visitó, los árboles bailaban y los truenos caraqueños no dejaban de alumbrarnos. Un solo soplo bastó a través de una ventana abierta para observar como varios cuadros caían. Entre ellos, mi Ablett, aún en su montura original de más de cien años. El vidrio se rompió. No era grave. Con mucho cuidado abrí la pieza, saqué los pedazos de cristal y quedé en contacto con ella, la contemplé por primera vez muy de cerca, sin la interrupción del vidrio ya bastante borroso, fue una sensación muy extraña. Por más de cuatro décadas formó parte de mi existencia, de mis recuerdos, de tantas historias. Recorrió países y muros. Vivió ciudades cruzó el atlántico y terminó en Caracas, no en París, su ciudad de origen.

VII. La ruptura fue la oportunidad para desarmar el cuadro. Impensable no tocar el lienzo. Susto, sorpresa y desilusión. Era solo un papel periódico, de un artículo firmado por Eugene Marsan que entrevistaba a William Ablett, se titulaba “*Une beateau feminine nouvell*”. Fue un engaño, no era una pintura original, me entristeció más que la trampa del vendedor era saber que la original todavía anda por allí. Decenas de enamorados seguro la contemplan. ¿Cuántos más compartiríamos la misma dama disfrazada en bellos marcos y como si fueran originales? 🕸

NOVELA >> CUANDO VUELVA DICIEMBRE, LA PEREZA EDICIONES, USA, 2025

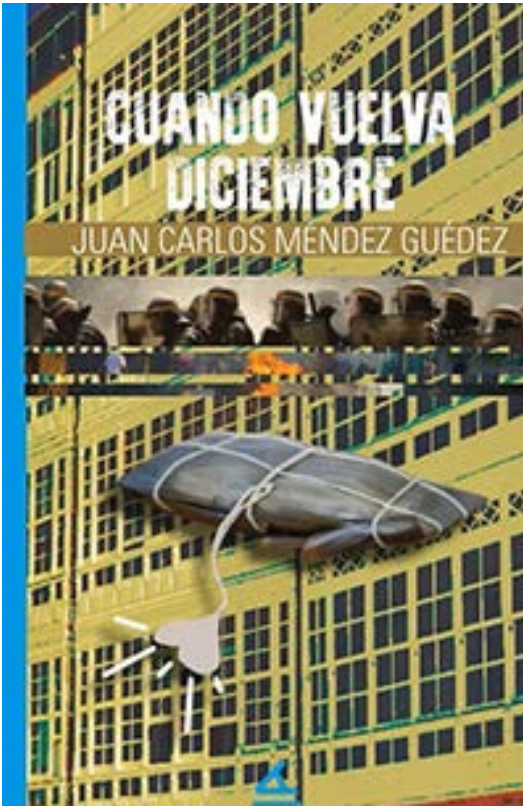
Méndez Guédez vive esperando diciembre

“La vida empieza y termina en los límites de la memoria. Sobrevivimos entre tramos de olvido, que tratamos de remediar con insistencia cotidiana”

ABEL IBARRA

La memoria no es un receptáculo inerte. Los recuerdos habitan en ella como un magma vital que nos impulsa a traerlos al presente, para que la sucesión azarosa de nuestros días cobre sentido y podamos seguir apostándole al futuro. El pasado es una sucesión de instantes que hilvanamos para ordenar ese conjunto fortuito de acontecimientos que llamamos vida, y, a veces, terminan convertidos en episodios tirados al olvido. Vivimos y bebemos de la nostalgia, esos baches donde se ocultan sucesos que intentamos recuperar con un dejo de melancolía. El pasado acecha como un animal herido en busca de quien lo salve del abandono. ¿Cómo? Trayéndolo a la orilla de los días (diría el poeta Eleazar León), con un esfuerzo que nos reconforte, que nos salve del olvido, ese pedazo enfermo de la memoria donde no hay identidad personal posible.

Y la novela de Juan Carlos Méndez Guédez, *Cuando vuelva diciembre* (La Pereza Ediciones, USA, 2025), hurga en las profundidades del pasado para entregarnos una historia plena de remembranzas fallidas. Cuando Harry Haller se afesta frente al espejo en *El lobo estepario*, piensa en el suicidio con la navaja en su garganta y eso tiene una lectura insoslayable: el personaje de Herman Hesse está desesperado por encontrar sentido a su existencia, que sobrevive en fragmentos imprecisos del pasado. Con un añadido trágico, está pidiéndose auxilio a sí mismo para salvarse de su vida sin respuestas. Y aquí volvemos a la novela de Juan Carlos Méndez Guédez cuando Jacinto, el personaje



sobre el cual gira la historia, se interroga constantemente por su expulsión del paraíso de la infancia en un pasado remoto. Pero conviene escuchar una advertencia de la poeta Wislawa Szymborska: “cuando pronuncio la palabra futuro, la primera sílaba ya pertenece al pasado”.

Algo inconcluso
¿Por qué tanta enjundia sobre el asunto de la memoria? Porque el personaje principal de *Cuando vuelva diciembre*, Jacinto, transcurre por las páginas de la novela cargando penosamente con el drama que constituye el móvil del relato, el desarraigo que se intenta paliar con la recuperación de un momento singular: diciembre, mes emblemático de todas las evocaciones y su manjar venezolano más notable: la hayaca, símbolo de la vuelta al hogar primigenio. Pero no es esta una genealogía de la culinaria criolla, es, más bien, un regodeo sigiloso en torno al drama que late bajo la piel de la narración.

Méndez Guédez trama una estrategia narrativa que a veces se sale de la línea argumental de la novela y explora territorios más bien evanescentes. Está el ejemplo de la narración fugaz de los amores entre Jacinto y Teresa, o entre este y Abigail; la referencia sorpresiva a Eliodoro González P (aunque luego se repare el asunto nombrando el Ponche Crema gustoso de su autoría); la discusión con el cura Aveledo acerca de un tópico de la Guerra Civil, drama del cual los españoles aún no se recuperan; la mención a Rafael Orozco y Diomedes Díaz, célebres músicos de vallenato, que ni siquiera lograron afinar sus instrumentos.

Así, las páginas transcurren entre historias truncas y recuerdos solapados bajo sucesos que sirven como sugerencias de sentido, no siempre explícitas ni concluyentes. Es decir, como ocurren los asuntos en la memoria, sin pistas manifiestas exactas. Y aquí cabe un dato que funciona como punto de partida en un párrafo raigal del relato, mientras nuestro personaje realiza un paseo por la ciudad con la que llegó a reencontrarse: “En esos momentos, no eran mis ojos los que reconocían la ciudad, sino la memoria que de ella construía mi insomnio”.

Todo vuelve
Demasiada complicación esconden los asuntos de la memoria. La psicología clásica intenta simplificarlos con categorías concluyentes como el “matiz hedónico”, un cognomento que clasifica los recuerdos según lo placentero o el desagrado de una experiencia que va a tener grata o ingrata recordación en ese universo desvaído que es la memoria. Así nuestra experiencia vital va a fluctuar entre el placer o lo deseñable, siempre atada al yugo inescapable de los recuerdos. Eso ocurre desde el lado incontestable de la razón, es decir, de los psicólogos que apostaron al perro de Pavlov o al sistema condicionante de Skinner y su codificación de estímulos medibles. Pero el asunto se complica cuando intervienen los poetas, ergo, los escritores, o sea, cualquiera que pretenda salirse de los marcos de la razón y se empuje cuesta abajo de la invención, al borde de sí mismos, es decir, de la recuperación de su memoria personal. La memoria personal de Jacinto, nuestro héroe, es

el Paraíso Perdido de la infancia, así, con mayúsculas, que termina siendo una pérdida plural. Jacinto es abandonado en primera instancia por su padre, de quien conocemos el nombre tardíamente, y, luego, por su madre, más o menos difusa entre su necesidad de los favores fiduciarios de Jacinto (es decir, de los euros urgentes), quien regresa para remendarse la vida en Barquisimeto, *la del cuatro y el corrió*, dicen los cantores populares. Y la complicación es el regreso a su familia disminuida, pobre, sin presente ni futuro, con las mismas tías envueltas en sus faldas vaporosas, con las mismas paredes de bahareque, barro y cañabrava, que dejó cuando se fue de Barquisimeto hacia España.

Los recuerdos son el futuro
La vida empieza y termina en los límites de la memoria. Sobrevivimos entre tramos de olvido que tratamos de remediar con insistencia cotidiana. Jacinto habría preferido vivir sin el recuerdo del abandono de su padre, ese símbolo irreparable de la pérdida máxima que pocos seres humanos logran superar. Telémaco es el mejor ejemplo en la búsqueda de Ulises y no hace falta abundar en detalles. Y, peor aún, según aparece en algunas de las páginas de este libro doliente a pesar de su aparente festividad asordinada, cuando el narrador reclama que su madre lo está abandonando con su padre. Lo sagrado y lo profano en un solo haz mortificante que Juan Carlos Méndez Guédez enuncia con dolor soterrado. Y el epitafio narrativo no puede ser más explícito. Dice Jacinto. “Lo que jamás pude pensar es que mi padre regresaría para buscar a mi madre, pero que a los dos se les olvidaría llevarme con ellos”. Ah, mundo, diría un natural de Barquisimeto, el universo de donde partió Jacinto en un pasado remoto y al que siempre quiso volver para remediar el exilio voluntario. Las páginas de *Cuando vuelva diciembre* hablan del drama de Jacinto, quien tuvo la mala suerte de ser expulsado de dos paraísos a la vez. Es evidente que Juan Carlos, bebió de las páginas de Jorge Luis Borges en “Funes el memorioso” y lo hace con destreza: “la memoria era algo abrumador, y la memoria de Funes era una metáfora del insomnio”. 🕸

MEMORIA >> JOSÉ COURT, NARRADOR

Memoria de José Court (1988-2023)

"Su diagnóstico temprano de distrofia muscular de Duchenne a los dos años de edad nunca fue un impedimento para que desarrollara sus habilidades, y con el tiempo, entre lecturas, escritura en cuadernos desgastados y mucha imaginación, fue encauzando su camino hacia el mundo de las letras"

ANA KARINA COURT PINTO,
KAREM COURT PINTO
Y ORIANA GONZÁLEZ

José Alberto nació en Caracas, Venezuela el 27 de febrero de 1988. Hijo de docentes y el menor de tres hermanos, desde muy temprana edad mostró interés por la lectura y escritura. Sus padres fomentaron la importancia del estudio y la preparación, por lo que le inculcaron el amor por los libros. El pequeño José Alberto leía ávidamente cuentos e historias, y fue así como esa chispa siguió creciendo.

A los siete años escribió su primer cuento. Lo que al principio era tan solo una afición para darle rienda suelta a su creatividad, terminó convirtiéndose en una pasión y una vocación. De niño, tenía un carácter obstinado y temperamental, pero también

sabía reconocer cuándo disculparse. Su infancia transcurrió entre carritos de juguetes y libros, creando así todo un universo lleno de creatividad y talento.

Desde su adolescencia buscaba la perfección en todo lo que hacía y era uno de los alumnos más destacados de su promoción.

Su diagnóstico temprano de distrofia muscular de Duchenne a los dos años de edad nunca fue un impedimento para que desarrollara sus habilidades, y con el tiempo, entre lecturas, escritura en cuadernos desgastados y mucha imaginación, fue encauzando su camino hacia el mundo de las letras, alejándose de las ciencias, por lo que a la hora de escoger una profesión, decidió ser comunicador social.

Su trayecto hacia la carrera de Comunicación Social en la UCV inició con el programa para el ingreso de estudiantes con discapacidad. No obstante, cuando su madre y su hermana asistieron a una reunión para conocer más sobre el programa, les informaron que la carrera de Comunicación Social no permitía el ingreso de estudiantes con discapacidad. Esto les causó tristeza, pero prefirieron no comentarle nada a José para no desanimarlo, ni desviarlo de su deseo. Sin saber esto, presentó la prueba interna de admisión a la Escuela y quedó entre los primeros alumnos seleccionados. Este momento marcó un antes y un después. Ya no había marcha atrás. La Escuela de Comunicación Social de la UCV no se imaginó que estaba por recibir a uno de los estudiantes que cambiaría su visión de la discapacidad y sentaría un precedente importante en su historia.

Es así como, en 2005, se convirtió en el primer estudiante con discapacidad admitido en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela. Con esa responsabilidad sobre sus hombros, su dedicación y sus ganas de prepa-

rarse, resaltó entre sus compañeros, siempre aplicado a sus estudios y en dar lo mejor de sí durante su formación. Fue preparador del Departamento de Lengua y Literatura y, con esta experiencia, descubrió que el amor por la docencia lo acompañaba, al igual que sus padres.

En 2011, se graduó con mención honorífica *summa cum laude* y recibió una ovación de pie en el Aula Magna de la UCV. A partir de allí, continuaría su preparación como escritor e iniciaría su vida como docente universitario, así como también tendría otras experiencias profesionales como redactor de contenidos web, transcriptor y corrector de estilo.

Con entrega, servicio y dedicación, su vida se enfocó en sus estudiantes. En dar lo mejor de sí para ellos y para su *alma mater*, a la que siempre estuvo dedicado hasta sus últimos días. Como le gustaba estar siempre preparado y en constante formación, realizó en 2012 el diplomado en Narrativas Contemporáneas en la Universidad Católica Andrés Bello –ICREA–; y en 2016, el diplomado en Formación Integral para el Docente de la UCV, Aletheia de SADPRO.

En 2018, publicó su primer libro de cuentos, *Hogares infestados* en el que exploraba las distintas emociones y situaciones que pueden suceder en un lugar que en teoría es seguro: el hogar.

En 2019 inició la maestría en Comunicación Social en la UCV. A la par, escribió apasionadamente, creando historias llenas de originalidad, profundidad y creatividad.

Apasionado del fútbol venezolano, fanático del Caracas Fútbol Club y de la Vinotinto, no se perdía ningún juego y si estaba en sus posibilidades asistía a algún juego. Amaba los videojuegos, eran su momento de desconexión en medio de las responsabilidades laborales.

Hijo, hermano y amigo empático, siempre dispuesto a escuchar y acon-



JOSÉ COURT / ARCHIVO FAMILIAR

sejar con palabras certeras en el momento justo y brindando compañía a quien lo necesitaba. Ya en su adultez, abandonó el carácter iracundo de la niñez para convertirse en una persona calmada y altruista.

Aunque amaba la docencia, su verdadera pasión era la escritura. Podía pasar horas sentado frente a la computadora, explorando con su mente creativa todos los mundos que se imaginaba.

Durante la pandemia, una persona que apenas conocía en el mundo real se convirtió en su compañía a través de las redes sociales. Con el tiempo, ese vínculo creció y se convirtió en una historia de amor. Una relación construida por largas conversaciones nocturnas y películas compartidas. Ella lo inspiró a escribir poemas, un género poco explorado por él.

Nunca dejó que su enfermedad lo definiera. En una entrevista para la revista *Más Salud* de Locatel, expresó: “Hay quienes tienen espíritu de supe-

ración y hay quienes no, pero eso no depende de tener o no una discapacidad, sino de la interioridad de cada individuo. Ser una persona con discapacidad no presupone nada”. Su trabajo de grado de la Escuela de Comunicación Social se centró en la imagen de la discapacidad en la prensa nacional venezolana. Rechazaba por completo los términos “héroe” o “víctima”, considerándolos estigmatizantes para todas las personas con discapacidad. Por eso, dedicó su vida a ser el mejor en lo que hacía, para que su trabajo constante y su talento hablaran por él mucho más que una silla de ruedas.

Un día antes de fallecer, con una mente lúcida a pesar de las afecciones, seguía preocupado por sus alumnos y por su tesis de la maestría, esa era su entrega total a lo que amaba. El 26 de julio de 2023 falleció rodeado de sus seres queridos. José Alberto deja tras de sí un legado imborrable de voluntad, inteligencia, perseverancia y dedicación. ☹

Lavadora de almas

"Si su alma echada a perder es muy problemática, intentará escapar mostrando los colmillos y reptando. Pero no tendrá escapatoria. La atraparán con una vara terminada en una red hecha con piel y cabellos de ángel (la caza de ángeles está prohibida en muchos países, pero aquí no hay restricciones). Luego los coserán y les permitirán presenciar, todavía atolondrados por la anestesia, el proceso de lavado de almas"

JOSÉ COURT

¿ Por qué le solicité ayuda espiritual a la Orden de la Fe, la Tintorería y la Lavandería? Dos razones. Primero, porque ya son varias las veces que los curas me han negado la absolución de mis pecados por considerarlos graves y por estimar que yo no me arrepiento lo suficiente. Segundo, porque, a diferencia de otros credos, la suscripción es temporal. Se los digo en serio. Tú pagas, ellos te hacen el servicio que les pidas y después puedes hacer lo que se te venga en gana, incluso meterte a panteísta.

Los conocí gracias a *La Pelusa*, la revista oficial de la Orden, esa que siempre trae titulares apocalípticos con dibujos a todo color de sucias nubes de hongo o de gente huyendo de urbes polvorientas y dirigiéndose a campos floridos que se estiran hasta el infinito. Por no dejar, una vez me puse a leer una edición que estaban repartiendo en la calle y me encon-

tré con un artículo que detallaba sus variopintas actividades: exorcismos en seco, recuperación de medias (naranjas y no naranjas), planchado de conciencias, arreglo y costura de ropa del Apocalipsis y, aquí viene lo mejor, lavado de almas.

El lavado de almas me caía como el anillo al dedo para combatir los epítetos y pucheros de mi mujer y mi suegra. Como quiero que ustedes se unan, les diré cómo es la cosa. Ustedes encontrarán la sede de la institución en el sector comercial del centro. Las grandes letras doradas de la fachada, de esas que si se desprenden aplastan a alguien, les servirán de guía: “La Sacrosanta y Suavecita Orden de la Fe, la Tintorería y la Lavandería. Ahora con módicos precios”. Detrás de un mostrador con una caja registradora y una efigie del Ángel de la Higiene pisoteando al Demonio Percudido, ustedes se encontrarán a un caballero cachetón y rosado como un cerdo y embutido en una bata (cô-

mo no!) reluciente.

No les parará mucho hasta que le indiquen el servicio que desean disfrutar. Unos cartelones con la oferta y los costos en la pared a la espalda del vendedor les ayudarán a explicárselo. A continuación, él dirá el monto. Luego de pagar (acepta efectivo, cheque, tarjeta de crédito, favores sexuales), los conducirá por una puerta a un pasillo idéntico al de una clínica y de allí hasta una pieza atiborrada de camillas con correas. Antes que nada, tendrán que ponerse, claro está, una bata de cirugía. Una vez acostados y retenidos, les aplicarán una anestesia que les pegará duro, pero los mantendrá despiertos.

Tras la ubicación del alma podrida en la sala de tomografía, serán trasladados a un quirófano con gradas. Verán a gente comiendo tostones, chocolate y galletas con la forma de profetas famosos. Los auparán, les darán ánimos. Al rato, entrarán los cirujanos y los tintoreros, todos ellos



vestidos de punta en blanco, con las manos hacia arriba, bailando al son de cánticos como “vamos, religiosos, esta tarde un alma hay que lavar”. Bailarán en torno a la mesa de operaciones, los montarán en ella y harán la primera incisión.

Si su alma echada a perder es muy problemática, intentará escapar mostrando los colmillos y reptando. Pero no tendrá escapatoria. La atraparán con una vara terminada en una red hecha con piel y cabellos de ángel (la caza de ángeles está prohibida en muchos países, pero aquí no hay restricciones). Luego los coserán y les permitirán presenciar, todavía atolondrados por la anestesia, el proceso de lavado de almas.

En la primera etapa, varias lavanderas restregarán sus almas marchitas en el cuarto de las bateas con agua, detergente, jabón, blanqueador, lo que haga falta. En mi caso, la tenía tan dañada que tuvieron que usar

medidas drásticas. Me llevaron a un cuarto al que solo puede acceder personal especializado recitando un trabalenguas sobre lavandas y lavativas. Allí se esconde la Lavadora de Almas 5000, un mamotreto capaz de albergar a una boa constrictora. Aunque echaron suavizante, se abstuvieron de usar el ciclo delicado. Fue una tortura ver a mi pobre alma condenada dando vueltas en el tambor giratorio, chillando, gimiendo, llorando, pidiendo clemencia. El alma sale como un amasijo de caucho amorfo y traslúcido.

En la segunda etapa, llevarán sus almas al cuarto de secado y planchado. También podrán supervisar esa fase. Allí las ponen a secar un rato colgando de ganchos hechos, de nuevo, con cabellos y pieles de ángeles. El siguiente paso consiste en planchar el alma hasta convertirla en una tira recta, hecha y derecha, para luego darle la forma de casta paloma de gentil plumaje. Para finalizar, y si es del gusto del cliente, las bañan de perfume. Hay varios aromas: lavanda, vainilla, fresa salvaje. Cuando todo termine, aparecerá el hombre cachetón y rosado y les preguntará: “¿la quiere para llevar o para insertar aquí?” Como siempre, hay gente de gente. Algunos se van con el alma en el hombro o acunada entre los brazos; otros prefieren metérsela por donde más les quepa.

Y así es como funciona la Orden de la Fe, la Tintorería y la Lavandería. Ustedes no tienen que rezar, ni mortificar con castigos, ni arrepentirse de sus acciones. Cuando el alma se les vuelva a ensuciar, pueden beneficiarse del servicio. Así de sencillo. Ahora, si me disculpan, debo irme. Otra vez deseé a la mujer del prójimo y la envidia me pintó una paloma, una paloma verde, escamosa y colmíluda. ☹

HOMENAJE >> SOLEDAD MENDOZA, EDITORA DE ASÍ ES CARACAS

Querida Soledad

“Tu entusiasmo era contagioso, y radical, con lo que te gustaba no tenías medias tintas, eras arrolladora, así mismo con lo que te disgustaba”

MIRTA ROA

Querida Soledad, no puedo creer que no te veré más.

Regresé a Caracas muchas veces para estar contigo.

La última vez que te llamé, me respondiste como a una desconocida.

Llamé a Consuelito, tu hermana, y me dijo lo mismo.

Pero eso fue después, después de toda una intensa vida que compartimos.

Te conocí cuando te habías vuelto a enamorar, un amor que te devolvió la alegría, la vitalidad. Ese amor que era inteligencia, afecto y compañía.

El primer dolor que hice mío fue la muerte de Andrés, tu hijo querido, hermoso y vital.

Esa mañana tú presentías que algo malo pasaría, me dijiste que no querías que Andrés volara ese parapente en la Guaira. Jamás olvidé tus ojos ese día, el horror y la negación estaban reflejados en ellos.

Tú, que me abriste la puerta casi sin saber quién era, que llegué a tu casa de noche con una maleta, mi único tesoro, mi miedo y mi esperanza.

No solo me abriste tu casa, sino a los amigos, a tu mundo, sin escatimar nada.

Me diste seguridad, consuelo, y sobre todo me diste un lugar. Trabajé contigo, aprendí contigo, me empañé de tus historias familiares, de esa Colombia tan amada, fuimos contigo a Villa de Leiva, a Bogotá, pero también a Cartagena, dos mundos dis-

tintos en un solo país, como en Venezuela. En cada viaje nos mostrabas de qué estaban compuestos tus ancestros, tus orígenes.

Tu entusiasmo era contagioso, y radical, con lo que te gustaba no tenías medias tintas, eras arrolladora, así mismo con lo que te disgustaba.

Aprendí del amor que le tenías a tu padre, aunque no se portó bien con ustedes, los hermanos huérfanos, sin embargo, tu generosidad supo destacar sus valores y aunque no olvidaste sus descuidos, estuviste muy cerca de él, trabajaste con él, aprendiste con él y como tú, todos los hermanos se enamoraron del periodismo.

Fue designado embajador en Venezuela y siguió desarrollando su labor como periodista, en su homenaje hiciste el primer libro *Así es Caracas*, emulando el que había hecho él en el año 50.

Tu casa tenía un encanto especial, todos tus objetos tan diversos, los combinabas dando un ambiente cálido, ecléctico, diferente. Junto a las muñecas de trapo de la artesana de Barquisimeto, estaban las tallas naifs, ese ángel de madera que nos recibía, los platos de Seka, la famosa ceramista que esmaltaba sus piezas, las pequeñas esculturas de Loida Molina, en barro policromado, que bailaban guiñando de un fino hilo transparente. Los cuadros de Luisa Richter, de Edgar Sánchez, de Carmelo Niño, de Pedro León Zapata, y tantos otros. Los animalitos de Ráquira, con su color de tierra rubia, las cajitas de bronce y cobre, venidas de la India, de Egipto, de todas partes.

Y tus collares... era la única manera de mantenerte quieta que, para ti, era lo más difícil. Siempre buscando piezas distintas para enhebrar; desarmando los que te regalaban para darles tu toque. No salías nunca sin ponerte uno –a veces hasta tres– que te combinaban como a nadie más. Yo intenté imitarte, pero me quedaban fatal.

Y aquella vista extensa desde tu balcón lleno de plantas, que cuidabas con tanto celo.

Siempre llena de ideas, lograbas



MIRTA ROA, ANTONIO GARCÍA PONCE Y SOLEDAD MENDOZA / ©VASCO SZINETAR

que te secundaran. A Zapata lo hacías trabajar sin parar, A Simón Alberto Consalvi ni qué hablar. Cuánto trabajamos con tus libros.

Desde *Así es Caracas*, *Así es Maracaibo*, *Así es Barquisimeto*, pasando por todos los estados, *Así es Venezuela*, *Venezuela desde el aire*, en fin, libros maravillosos, retratando el país que amabas tanto y que no quisiste dejar aun cuando tus hermanos regresaron a Colombia.

Y tus cuentos, los de tus tías, tan circunspectas, las que las criaron desde que tu tenías dos años y lograste ponerte tu propio nombre, porque tu madre murió al nacer Consuelo y nadie se acordó de nombrarte. Esas tías que se hicieron cargo de cinco muchachos pequeños, y lo hicieron con rigor, con demasiada rigidez, y al mismo tiempo, tan dulces y amorosas. Contabas que, una de ellas cuando envejeció, se tapaba solo con pañuelos de seda. Yo imaginaba una

selva de pañuelos de colores y estampas diversas sobre una adusta cama. Cientos de historias con las que podía recrear ese mundo de realidad fantástica que te rodeaba.

Me hubiera gustado que tu nombre no te hubiera definido el destino. A tantos nos abriste las puertas, a tantos cobijaste sin temor, y tu vida terminó en una gran Soledad.

Viajamos a Caracas cuanto pudimos, hasta que ya no me conocías. Qué triste fue ese momento. Casi al tiempo me quedé sin ti y sin Augusto, mi compañero, ambos se sumergieron en un país sin nombre, sin identidad, sin pasado ni futuro, y yo me quedé sin interlocutores, sin poder juntar nuestros recuerdos para recrear la vida tan feliz que compartimos.

Recuerdo esos martes en que organizábamos las cenas donde además de Rodolfo Izaguirre, María José So-moza, Belén Lobo, Perán Erminy y

Maritza, Abilio Padrón, y otros que llegaban, disfrutábamos de una rica mesa, conversaciones amenas, vino y cariño.

A veces cocinaba Augusto, otras yo hacía una pasta, y siempre Rodolfo traía su postre que él mismo hacía, adornado con una flor de su jardín.

Tenías el encanto de hacernos sentir en un palacio, servido por lacayos uniformados, con copas diferentes, platos gastados, sillas desvencijadas, pero donde nosotros veíamos cristal de bohemia, platos de Meissen, sillas ricamente talladas por artesanos colombianos. Todo tenía magia porque tú lo hacías mágico.

Te vi morir de a poco por los videos y fotos que me enviaba tu querido hijo Frank, sufrí por verte tan sola. La diáspora nos alejó. Y yo desde lejos me quedé con tu risa alegre, tus collares, tu casa llena de mundos y el privilegio inmenso contarte como amiga y hermana. ☹

NARRATIVA >> NOVELA DE CAROLINA JAIMES BRANGER

Aquello que no se dice

Las palabras que siguen fueron leídas por Miguel Henrique Otero –octubre de 2024– en el acto de presentación en Madrid, de la novela *Aquello que no se dice* (Editorial Planeta, Colombia, 2024), de la ingeniera de sistemas y periodista Carolina Jaimes Branger (1958)

MIGUEL HENRIQUE OTERO

Cuando Juan Vicente Gómez murió en 1935, tras gobernar con feroz mano de hierro a Venezuela por casi tres décadas, se puso en movimiento una nueva época, un largo período que se prolongó hasta 1999, de modernización de la sociedad y la nación venezolana. En alguna medida, a lo largo de ese proceso de modernización, nos fuimos alejando del pasado gomecista sin percatarnos, convencidos de que nos dirigíamos a una vida mejor.

Resulta asombroso pensar que, desde entonces, han transcurrido solo nueve décadas, pero los cambios que se han producido son tan marcados y profundos, tan evidentes y decisivos, que la vida durante la Venezuela gomecista constituyee para los lectores de nuestro tiempo, una cierta extrañeza, semejante a un paisaje cada vez más lejano, un tanto exótico, como si formara parte de un mundo perdido y ajeno.

Ha ocurrido de tal modo, que tanto la figura de Gómez, como el período que llamamos “el gomecismo”, se han convertido en materia de curiosidad e indagación de muchos venezolanos. Justo hace unas semanas leí que una bibliografía básica de biografías, ensayos y estudios sobre Gómez, tenía más de 300 entradas. Entre esas 300 entradas están, por ejemplo, biografías o ensayos admirables de historiadores fundamentales como Tomás Polanco Alcántara, Manuel Caballero, Oldman Botello, Ramón David León, Simón Alberto Consalvi, Germán Carrera Damas y Elías Pino Iturrieta, y muchos otros.

Que Gómez despierta una especie de fascinación, lo demuestra el uso reiterado que nuestro gran caricaturista Pedro León Zapata, hizo de Gómez, o que en la mencionada bibliografía básica haya incluso un perfil siquiátrico del dictador. A Gómez y al gomecismo se les ha examinado con

todas las herramientas posibles.

De forma paralela a esta producción de orden intelectual, Gómez ha provocado testimonios fundamentales, casi todos ellos desgarradores, de quienes fueron sus perseguidos: Rufino Blanco Fombona en sus diarios, y en artículos y cartas; José Rafael Pocaterra, en su ineludible *Memorias de un venezolano de la decadencia*; o el singular e injustamente olvidado libro de Carlos Brandt, *La época de terror. En el país de Gómez*, autor que padeció un exilio que se prolongó por 20 años.

Sin embargo, además de lo anterior, la época de Gómez ha sido también fuente de una rica tradición ficcional, que incluye obras de excepción como *Oficio de difuntos*, de Arturo Uslar Pietri; una obra que ha ejercido una influencia muy grande en nuestra visión de Gómez, que es *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, de Ramón J. Velázquez, que es, en rigor, una obra de ficción; *Falke*, quizá la más importante novela de ese gran escritor que es Federico Vegas; y, más recientemente, *Malasangre*, la elogiada novela de la periodista y narradora Michelle Roche Rodríguez publicada en 2020, donde una historia de talante fantástico tiene lugar en 1921, en un momento cumbre del dominio gomecista sobre la sociedad venezolana.

A esta misma tradición histórica y narrativa pertenece *Aquello que no se dice*, la obra con que Carolina Jaimes Branger ha debutado como novelista.

Y digo que está inscrita en esta sólida tradición, porque al igual que las novelas antes mencionadas, también esta, en su específica dimensión, puede entenderse como un estudio, una lectura desde la ficción, una interpretación del funcionamiento del poder, tal como se experimentaba en los tiempos del gomecismo.

Posiblemente todos aquí conocemos sobradamente a Carolina Jaimes Branger, muy conocida en Venezuela por su actividad como periodista, como demócrata y defensora de los derechos humanos. Quien haya seguido su trayectoria, se habrá percatado de que se trata de una mujer curiosa, inquieta, interesada por la política, la cultura, la comunicación y las causas nobles. Que ahora, luego de tanta andadura, incursione como autora de ficción, no es algo que tendría por qué resultarnos sorpresivo.

La novela de Carolina Jaimes Branger examina el poder y el desenvolvimiento de unas dos décadas aproximadamente, los años veinte y treinta del siglo XX, contándonos la historia de una familia grande, los Alcántara: padre, madre y seis hijos.

Pero hay un dato capitular en *Aquello que no se dice*: Eduardo Alcántara, la figura paterna del relato, no es un ciudadano cualquiera, sino un ministro del gomecismo. Y esa responsabilidad del padre, y ese vínculo directo de los Alcántara con el centro del poder, crea unas fuerzas, establece unos imperativos políticos y sociales, pone en movimiento unos ecos que, inevitablemente, alcanzan a su esposa y a sus hijos. Y será uno de los personajes femeninos del clan familiar, la que empiece a preguntarse por la le-

gitimidad, por las costumbres, por los modos de pensar que imperan en aquella Venezuela sometida a los designios de un dictador mañoso e implacable.

Y es justo por eso que la novela de Jaimes Branger resulta sorprendente y admirable: porque logra eludir la tentación de escribir una simple novela de costumbres protagonizada por los Alcántara, y escoge el camino más arduo, más desafiante, de convertir a esa familia en una caja de resonancias de la cultura material y la cultura simbólica de aquel tiempo, de sus modos de comunicarse, de los condicionantes que afectan su desempeño y su estar en el mundo.

Como narradora, Jaimes Branger muestra una especial energía para el uso de los diálogos, probablemente una clara proyección de su facilidad cotidiana para la conversación. Eso explica, además, la fluidez y claridad de la prosa que predomina en todo el recorrido. A medida que la novela avanza, el lector se percata de que la autora ha tenido, desde un comienzo, muy claros sus caminos y objetivos.

Dicho esto, quiero cerrar esta intervención con mi palabra de elogio a *Aquello que no se dice*. Se trata de un esfuerzo logrado, que recompensa con creces al lector, y lo devuelve a un tiempo venezolano que, aunque se presente como una época superada por la modernización del mundo, en realidad, sigue presente, mucho más próxima de lo que queremos, cargada de lecciones y visiones que todavía hoy son de gran utilidad. Gracias Carolina, gracias a todos por escucharme. ☹

ENSAYO >> MEMORIA DE UN PERIODISTA EXCEPCIONAL

Julio Camba, un anarquista en Buenos Aires

“Tal vez el gran corresponsal gallego nunca dejó de ser el joven ácrata y libertario que siendo casi un niño se plantó en Buenos Aires para promover el anarquismo y al que, no mucho tiempo después, las autoridades argentinas enviaron de vuelta a España por sembrar el caos en la capital”

LUÍS POUSA

Parapetado detrás de su columna, el periodista gallego Julio Camba (1884-1962) sobrevivió, casi sin inmutarse, al fuego cruzado de las ideologías, los directores de periódico, los gobiernos y sus consulados. Lo único que de verdad le importaba al Camba de los últimos días era que lo sacaran de vez en cuando de la habitación 383 del Hotel Palace de Madrid para llevarlo a comer a un buen restaurante.

Tal vez el gran corresponsal gallego nunca dejó de ser el joven ácrata y libertario que siendo casi un niño se plantó en Buenos Aires para promover el anarquismo y al que, no mucho tiempo después, las autoridades argentinas enviaron de vuelta a España por sembrar el caos en la capital.

El 9 de enero de 1903, la prensa local lo contaba así en un suelto titulado “Anarquistas repatriados”:

“A disposición del gobernador civil llegaron hoy a Pontevedra, procedentes de Barcelona, donde desembarcaron expulsados de Buenos Aires, los anarquistas pontevedreses Adrián Troitiño y Julio Camba. Les condujo aquí la Guardia Civil. A su llegada, ingresaron en la cárcel. Los guardias hicieron entrega al gobernador de los pliegos que se refieren a los presos. Troitiño cuenta 35 años de edad y es panadero. Julio Camba es periodista y no tiene más que 18 años. Fui a visitarles a la cárcel y conversé con ellos un largo rato. Ambos declararon que son anarquistas. Laméntanse de haber sido presos sin motivo alguno y no saben hasta cuándo durará la extraña situación en que se encuentran. Su peregrinación forzosa hasta Pontevedra ha sido penosísima. Desde Barcelona fueron a parar a las cárceles de Zaragoza, Palencia y León. Julio Camba es un muchacho muy culto y simpático, y se produce con extraordinaria verbosidad [...]”.

El 13 de enero de 1903 añadían las crónicas: “Ha sido puesto en libertad el anarquista Julio Camba. El padre de este se presentó al gobernador



FICHA DE JULIO CAMBA EN LA POLICÍA ARGENTINA

civil de la provincia, que lo había reclamado”.

En su novelita *El destierro*, Julio Camba lo cuenta todo con más gracia y menos remilgos. En el relato admite que una noche de juerga le dio por organizar, junto a otros amigos anarquistas, una huelga general en Buenos Aires. El paro acabó con esquiroles, huelguistas y policías muertos. Así que el gobierno se sacó de la manga una Ley de Residencia, confeccionada a medida para expulsar del país a Camba y a sus correligionarios extranjeros.

Cuando, ya arrestado, estaba ventilándose un bistec en el cuartelillo, apareció el comisario:

—¿Qué quiere usted?
—Yo, nada.
—El señor —dijo uno de los escribientes— viene detenido.
—Detenido, ¿por qué?
—No sabemos. Viene a la disposición del jefe de policía.
—Siempre será un anarquista —dijo el comisario.
—No sé si lo seré siempre. Por ahora, sí.

Ya de regreso en España, acabó en la redacción de *El Rebelde*, periódico madrileño de cuatro páginas con la cabecera en la última –para que quedase claro que escribían a contracorriente– que componían Camba y Antonio Apolo. Por allí se dejaba caer Mateo Morral, que les pasaba una generosa ayuda económica para sostener el semanal y que, al parecer, cumplía órdenes directas de Ferrer Guardia, director de la Escuela Moderna y gurú del pensamiento libertario barcelonés.

El 31 de mayo de 1906, durante el paso de la comitiva nupcial por la calle Mayor de Madrid, Morral lanzó una bomba oculta en un ramo de flores contra el carruaje del rey Alfonso XIII y la princesa Victoria Eugenia, que acababan de contraer matrimonio en la iglesia de San Jerónimo el Real y que sobrevivieron milagrosamente a un atentado con 28 muertos y más de 100 heridos. Camba fue llamado a declarar por sus contactos con el anarquista catalán. De hecho, como

apunta el escritor Miguel-Anxo Murado: “Fue Julio Camba quien tiró la bomba que casi mata a Alfonso XIII en la calle Mayor, el día de su boda. Mejor dicho, el hombre que la tiró, el anarquista Mateo Morral, se había hecho pasar ese día por Julio Camba y llevaba la credencial de prensa que le había robado al periodista gallego”. Un cambio de última hora en el acceso a la tribuna de prensa impidió a Mateo Morral utilizar ese carné de Camba para llevar a cabo su plan inicial, que consistía en hacer estallar la bomba en el interior de la iglesia donde se celebró la boda.

El 20 de junio de 1906, los diarios relataban las pesquisas judiciales sobre el intento de magnicidio: “Hoy ha prestado declaración ante el Juzgado D. Julio Camba, que, como se ha dicho, conocía a Morral. Manifestó que le constaba que Morral había dado dinero para sostenimiento del periódico anarquista El Rebelde. Dice que ignoraba los propósitos de Morral, asegurando que no le ha visto en Madrid”.

Un año más tarde, el 6 de junio de 1907, continuaba en los tribunales la llamada “causa de la bomba”. Al jovencísimo Camba le tocó presentarse de nuevo ante el juez:

“No pudo concurrir a la sesión el periodista D. Julio Camba por encontrarse indispueto y el presidente dispuso que se leyese la declaración que prestó en el sumario.

Dice que dos años antes de la época del atentado, se le presentó Morral en la redacción de *El Rebelde* para hablarle de viajes comerciales que proyectaba emprender.

Se leyó igualmente otra declaración del redactor del mismo periódico D. Antonio Apolo, afirmando que para emprender una campaña le entregó Morral una cantidad en metálico.

Añade que también lo recibió D. Julio Camba para el sostenimiento del periódico”.

El escritor y editor José Esteban recuerda que la primera declaración de Camba ante el magistrado, el 19 de junio de 1906, empezaba así: “Que profesa ideas anarquistas y por ello ha sido procesado varias veces por delitos de imprenta, sin

que se le haya impuesto pena alguna”. Recuerda Esteban que, a sus 19 años, en noviembre de 1904, “tenía incoados catorce procesos por lo civil y se encontraba en libertad provisional”. Preguntado en cierta ocasión por una polémica con algunos de sus compañeros de militancia, el joven Camba respondió ufano: “Yo, señores, no soy anarquista por los anarquistas. Yo soy anarquista por la idea del anarquismo”.

Cuando, en junio de 1907, Camba tuvo que declarar en el juicio por el atentado, el periodista gallego ya era el cronista parlamentario de *España Nueva*, donde debutó el 13 de mayo de ese año con su sección Diario de lo escéptico y un artículo titulado “El Congreso, sofistas, ergostistas y silogistas”. Allí trabajó, junto a su amigo Antonio Apolo, hasta 1909, antes de convertirse en el legendario corresponsal que empezó su itinerario en Estambul –entonces todavía Constantinopla– y que después nos brindaría su visión del mundo desde capitales como París, Londres, Berlín, Roma o Nueva York. Por supuesto, Camba bostezaba mucho en el hemicycle, aunque asumía que no tenía derecho a ello –“un periodista no puede aburrirse nunca, ni aun en el Congreso”– y por eso buscaba cualquier detalle, más allá de los grandes discursos, con el que entretener a los lectores. Por eso nos hablaba de los estoicos maceros, de la ya antigua costumbre de que voten los muertos, de los duros falsos (que llevaban más plata que los del Estado), de las codornices o de la intención del gobierno de imponer el descanso dominical obligatorio en “los establecimientos de comer, beber y arder”. Entre estos locales con vocación incendiaria se incluían los periódicos y las plazas de toros.

Luca de Tena –de gusto exquisito– se fijó en sus crónicas y en 1913 lo fichó como periodista estrella del diario madrileño *ABC*, donde debutó con su célebre columna Mi nombre es Camba. El editor lo contrató para dejar que Camba hiciese lo que le diese la gana, sin prestar atención a la noticia efímera, a la inmediatez, a eso que llamamos ilusamente actualidad. Por eso sus crónicas han perdurado y sus libros de artículos se leen hoy como los deliciosos apuntes de un periodista que escribía como y cuando quería, aparentando no esforzarse demasiado, haciendo fácil lo difícil y jugueteando incluso con la frivolidad. Superficialidad que no era tal, sino más bien aquella profundidad de la epidermis que buscaba el catalán Josep Pla mientras liaba con parsimonia un pitillo para pensar el adjetivo exacto.

Tras regresar de su paseo inacabable por el mundo, Julio Camba se convirtió en el solitario del Palace, como lo definió en su obituario de *ABC* César González Ruano: “Había llegado a una indiferencia que era ya como una obra de arte”. El ermitaño Camba era una especie de Henry David Thoreau que había cambiado su cabaña del lago Walden por el Hotel Palace de Madrid.

Al columnista superdotado ya no le interesaba nada. Ni la literatura. Ni el periodismo. Ni muchos menos sus propios artículos. Se lo confesó un día a Ruano:

“¿Sabe usted mi único odio auténtico? Al miserable que inventó la imprenta”.

Quizás alguna de esas noches en las que cultivaba el arte de la indiferencia entre las sofisticadas sombras de la rotonda del Palace, el mismo Julio Camba que un día puso Argentina al borde del caos se acordaba con una sonrisa en los labios de aquel comisario de Buenos Aires que lo había catalogado de un solo vistazo:

“Siempre será un anarquista”. ☛

La acción de los poetas: el virus corrosivo

El artículo que sigue fue escogido por el propio Julio Camba para formar parte de la antología *Mis mejores páginas* (Pepita de Calabaza Editores, España, 2012)

JULIO CAMBA

¿Los poetas? —Maldijo el hombre de la City—. Pero ¿usted cree que esa chusma sirve para algo?

Yo le expuse modestamente mi opinión:

—Los poetas —no tiene duda— sirven para poetizar la vida. ¡Si costasen muy caro!... Pero no comen casi nada. Un pueblo como Inglaterra podría sostener, sin gran sacrificio, una porción de poetas.

—¿Para que nos poetizaran la vida? —me preguntó el hombre de la City.

—Precisamente.

—Los poetas nos humanizarían, nos impregnarían de ternura, nos harían sentimentales, ¿no es eso?

—Eso es.

—Pero ¿usted no ve que entonces nuestros negocios irían de cabeza? ¡Ah, los poetas! ¡Taña de vagos y de embusteros! Les hacen versos a las muchachas, las seducen ofreciéndoles oro y piedras preciosas, y no tienen un penique en el bolsillo. Si los poetas lograran tomar tierra entre nosotros, a la vuelta de unos cuantos años habrían corrompido toda la energía anglosajona. Empezarían a cantar las puestas de sol y los amaneceres, los árboles, las flores y los pájaros. Nuestra juventud se distraería con todas esas cosas y no haría nada de provecho. A pretexto de poetizar la vida, la ablandarían. Exaltarían el amor maternal, el filial y el fraternal, la vida del hogar, etc. Los jóvenes empleados de la City harían versos estúpidos en sus ratos de ocio. Los muchachos que hoy

van a buscar fortuna al Transvaal o a la India se enternecerían mucho antes de abandonar la casa paterna, y buena parte de ellos se quedarían en Londres, donde no les aguarda porvenir ninguno. En fin, sería la ruina, ¿no le parece a usted?

Yo escuchaba al hombre de la City y me hacía, por milésima vez desde que estoy en Londres, la siguiente reflexión: “Estos ingleses son los hombres más prácticos del mundo”.

—Hay que cerrar las costas de Inglaterra a toda irrupción poética —continuó el hombre de la City—. Una invasión de poetas sería mucho más peligrosa para nosotros que una invasión de alemanes. Por fortuna, nosotros no dejamos desembarcar en territorio inglés a ningún viajero de tercera clase que venga sin dinero. Esta medida nos garantiza en cierto modo contra los poetas del Continente.

—Pero ¿no temen ustedes que se produzcan poetas aquí mismo? ¿Qué medidas han tomado ustedes contra los poetas de Inglaterra?

El hombre de la City sonrió:

—Los ingleses —me dijo luego— somos unos

hombres muy serios... No digo que algún inglés, después de haber vivido en Italia o por allá, no pueda volverse un poco poeta. Las malas compañías..., el calor, la ociosidad..., el cielo azul..., los ojos negros... Pero el inglés es por naturaleza un hombre serio, veraz y metódico. El inglés, señor mío, es completamente, pero completamente incapaz de emoción y de imaginación. El peligro está fuera. Por fortuna, la mar nos aísla de la poesía.

¡Ah! ¡Los poetas!... —continuó el hombre de la City—. Los poetas nos llevarían a la revolución. Esa gente dice cosas terribles de una manera dulce. No respetan el orden social y se proclaman reyes dentro de sus andrajos. Sobre todo, hablan mal de los hombres de negocios, de los industriales y del pequeño comercio.

Y señalando a un poeta invisible, como bajo el influjo de una pesadilla, el hombre de la City exclamó:

—*Go on!*

Yo le pregunté si había leído a Platón, y él me dijo:

—¿Quién es Platón? ¿Algún poeta? No, señor. No lo he leído ni lo leeré jamás. ☛

SIN GUÍA PARA PERPLEJOS

Serie de ensayos morales 5: Pregunta 7, respuesta 42

RUTH CAPRILES

Vamos por la vida tratando de encontrar el sentido de todo esto. Desde la pregunta vital de todos los tiempos, el sentido de la vida o si somos propósito de seres extraterrestres, hasta la pregunta de los jóvenes en tiempos de incertidumbre: ¿Para qué estudiar si cuando salga no habrá puestos de trabajo?

A la computadora Pensamiento Profundo, en la novela de Douglas Adams (*The Hitchhiker’s Guide to the Galaxy*), le hicieron la última pregunta sobre la vida, el universo y todo lo demás. Pasó siete millones y medio de años calculando hasta anunciar que la respuesta, de hecho, es ‘42’.

Los científicos tuvieron que construir una computadora más grande para averiguar, de hecho, cual había sido la pregunta original.

Pregunté a Perplexity cuál es el sentido de la vida y me contestó: “Como soy IA, no poseo consciencia o creencias personales, pero puedo compartir un pensamiento basado en la sabiduría humana y la filosofía”.

Por la misma razón, supongo, no siente perplejidad y sin dudar ofrece un magnífico resumen de lo que los humanos, perplejos, creen que es el sentido de la vida. Detalles sobre interpretaciones específicas son obtenibles previa solicitud.

La respuesta sigue siendo ‘42’ y no podemos esperar, hasta nuevo aviso de adquisición de consciencia, que la IA nos ilumine más que los maestros que nos han enseñado, si no a vivir, a soportar la liviandad del ser. Las respuestas vuelan en el viento, en palabras del poeta cantor, y cada quien tiene su gurú para olvidarlo. El mío sigue siendo Aristóteles y la vuelta de tuerca que le da Viktor Frankl a la filosofía práctica: nada tiene sentido; lo único que tiene significado es lo que haces con lo que te tocó.

Sí, eso sirve para manejar triunfo y desgracia y evadir otra pregunta sin respuesta, tan vital como el sentido de la vida y tan apremiante como la incertidumbre del futuro:

¿Qué sentido puede tener tanto mal? Es pregunta de tiempos convulsos y el “tanto” es el problema. Manejamos sin mucho asombro un grado de maldad; bastante entendemos del crimen



común y hasta algo comprendemos el exceso instrumental de la violencia legítima, pero hay límites más allá de los cuales no hay comprensión humana posible porque allí se ha perdido el ser humano, allí hacer daño no es un medio para alcanzar fines últimos, sino un fin en sí mismo. *Schadenfreude*: el placer de causar dolor a otros. Y lo más extraño de todo es que quienes así actúan además desean y esperan que la gente los quiera y les confiera premios.

Cuando el problema es insoluble, no hay respuesta apropiada. Ante el mal inexplicable, un escritor neozelandés, Richard Flanagan, hace la Pregunta 7 como un estribillo, o un conjuro contagioso, tan pegajoso como la canción de Bob Dylan.

La toma prestada de un relato de Chekhov (*Preguntas postuladas por un loco matemático*):

“Pregunta 7
Miércoles, junio 17, 1881, un tren tenía que dejar la estación A a las 3 am. para poder alcanzar estación B a 11 pm. Justo cuando el tren se disponía a partir, llegó una orden de que el tren tenía que alcanzar estación B a 7 pm. ¿Quién ama durante más tiempo, un hombre o un mujer?”.

Creo que esa fue la pregunta que hicieron a Pensamiento Profundo y la respuesta ‘42’ es un número para apostar a quien ame más tiempo. ♾

NOTA AL MARGEN

Lidia Yuknavitch, colectora de rocas en presente líquido

What if the body had its own point of view?
Lidia Yuknavitch

KEILA VALL DE LA VILLE

Desinteresada en la distinción entre géneros literarios, la épica del héroe y el arco narrativo tradicional, Lidia Yuknavitch se preocupa por la alegoría, por la metáfora como instrumento sensorial expresado desde el cuerpo, generando respuestas somáticas en quien lee. El cuerpo, asegura, tiene su propia memoria, y su propia inteligencia. Además, agrega esta *Nota*, identifica lo uno en lo múltiple, y siente siempre en presente.

En *The Chronology of Water*, memoria fragmentada en la que forma y contenido son inseparables, el cuerpo recibe, es síntoma, resistencia y sobreviviente a un padre agresor, una madre alcohólica. El oxígeno lo ofrecen la hermana, cada inhalación fuera del agua o el alcohol en el que bracea, cuenta sus tiempos de nadadora atlética olímpica imposible: la adicción a todo lo destructivo define el cronómetro. Narra el desgarró ante el primer bebé muerto al nacer, la culpa luego de dos matrimonios decadentes y un esposo suicida. Al fin, el resurgir gracias a la escritura, amor sano, una maternidad viable: “Gran parte de mi vida y de las personas a las que he amado existen en espacios difíciles, como el espacio nacimiento/muerte de mi hija... esos espacios no son menos reales, ni menos literatura... la belleza es complicada y contradictoria y un espacio donde los binarios se mantienen en suspensión... es inquietante”.

El trauma ocurre en presente; sanada la herida, enrojece al recuerdo. Sumergirse al agua y nadar una vuelta tras otra es también eterno ahora. La memoria de una persona adicta transcurre en orden caprichoso, viscoso. Una roca, fragmento de la totalidad física, se circunscribe a lo geológico que la determina. El agua es siempre la misma.

Sobre un hoy quebrado, subacuático, vicioso, de dolor antiguo, *The Chronology of Water* transcurre sin comienzo, desarrollo y final. Es poema que gira sobre sí mismo, mosaico memorioso en cinco partes/voltere-



tas interconectadas sutilmente. La parte I, “Contener la respiración” enlaza a brazadas tiempos líquidos hasta la quinta y última, “El otro lado del ahogamiento”.

Para Yuknavitch, la trayectoria tradicional del héroe oculta, ignora, silencia dimensiones confusas, contradictorias y gloriosas del ser humano, resultando en una narrativa única. Gracias a Sarraute trabaja secuencias de intensidades emocionales en vez del típico arco: “he sido arrestada y hospitalizada y he vivido incluso en estado de psicosis bajo un puente. Mi vida ha sido una serie de intensidades; es por ello que esta idea resonó en mí”. Expresa así Yuknavitch

la experiencia visceral del sentir: “comprende que cuando no hay palabras para el dolor, cuando no hay palabras para la alegría, hay rocas”. Aconseja: si estás triste, colecciona rocas.

Desde cada metáfora, *The Chronology of Water* se ilumina. Sintiendo el cuerpo doliente en el propio cuerpo, la belleza en la falla, y la posibilidad en la brecha, quien lee sobrevive las vueltas en apnea y a brazos navega la historia conmovida por el destello filtrado en azul. Observa lo múltiple y diverso emerger desde la luz en la fisura. Sintiendo las propias rocas en los bolsillos, sale esta *Nota* del agua. ♾

CAFÉ DEL DÍA

Al albur

ROGER VILAIN

Hoy, diecinueve de agosto, tomo asiento en una terraza granadina y pienso en García Lorca. Un día como este del año treinta y seis fue asesinado, de modo que evocarlo adquiere una doble vertiente: la del homenaje a su memoria y la del mártir que terminó siendo.

El verano pasado visité con Daniel, mi hijo menor, la Huerta de San Vicente, casa de campo de los García Lorca –en las afueras de Granada por aquella época– a escasa distancia de la ciudad capital. El espíritu lorquiano hace de las suyas por el caserón y hay momentos en los que cierras los ojos y puedes imaginar. Imaginar al dramaturgo en acción –los carteles, los afiches, la publicidad del teatro universitario en el que participó, colgados de las paredes, invitan a ello– e imaginarlo ante el piano que descansa como en sus mejores días en la planta baja de la propiedad. Puedes concebirlo en plena hechura de sus cuadros, dibujos o bocetos y contemplarlo en su habitación con el escritorio listo para ser usado o la cama dispuesta para que el autor de *Yerma* desdoble las sába-

nas, se meta bajo las cobijas y duerma, duerma el sueño de los hombres buenos, de los seres atravesados por la sensibilidad.

He estado estos días con ganas de escribir sobre Venezuela, un poco por lo que no es posible obviar, es decir, el dolor que implica la historia que lleva a cuestras y otro tanto por la indignación abrazada a lo anterior. Tal fue mi intención al venirme a este café pero ya ves, uno acaba no por elegir los temas sino al revés, ellos te cogen por el cuello y se acabó, así que no me rebelo. Lo acepto tal como viene y ya hablaré sobre mi país cuando el tema por fin me elija, me diga hola buenas, ahora sí.

Vuelvo a García Lorca y echo un vistazo al contexto que en agosto de mil novecientos treinta y seis lo arrolló. Fue un hombre de su tiempo, dijo cuanto tenía que decir; construyó su obra definitiva –la de su vida– y murió por ello. El poeta ganó, sus esbirros ya no existen, el mal, la sombra, esa oscuridad que pareció reinar, enloquecer, no tener fin, acabó por ser lección de todo cuanto nunca debe volver a suceder. Vuelvo a García Lorca y con él, mira tú, a Venezuela. Vuelvo a García Lorca y con él a

mártires que desde particulares horizontes también se convirtieron en víctimas.

Decía arriba que no escogemos los temas y es verdad. En el café *Ysla*, de Granada, entre un cortado y una botella de agua abro el libro de John Gray cuya lectura llevo a la mitad. *Filosofía felina. Los gatos y el sentido de la vida*¹, se llama el ejemplar. Adelanto un sorbo del café, voy a la página sesenta y cuatro, me acomodo los lentes y empiezo a leer: “Los gatos no planifican su vida: la viven según se les presenta. Los humanos no pueden evitar convertir la suya en un relato. Pero como les es imposible saber cómo terminará, la propia vida les trastoca la historia que de ella pretendían contar. Así que terminan viviendo como lo hacen los gatos: al albur”. Tal cual. Somos relato, historia pura que a la sazón vamos configurando para de esta manera ponerle cabeza y pies al transcurso de los días. Recuerdo y escribo sobre un poeta mayor y recuerdo y escribo, sin proponérmelo, sobre Venezuela. ♾

¹ Gray, Jonh (2024). *Filosofía Felina. Los gatos y el sentido de la vida*. Madrid: Sexto Piso.



FEDERICO GARCÍA LORCA / ARCHIVO